

ABUELO,
cuéntame cómo era Saltillo



ABUELO, *cuéntame cómo era Saltillo*

TEXTOS

JAVIER VILLARREAL LOZANO

ILUSTRACIONES

MEMO



ING. MANOLO JIMÉNEZ SALINAS
Presidente Municipal de Saltillo

LIC. IVÁN ARIEL MÁRQUEZ MORALES
Director General del Instituto Municipal de Cultura

M.M.I. ELSA LUCÍA TAMEZ AGUIRRE
Coordinadora Editorial

SALTILLO, 2018

©D.R. GOBIERNO MUNICIPAL DE SALTILLO

©D.R. INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA DE SALTILLO

©D.R. JAVIER VILLARREAL LOZANO

Editores: Iván Márquez/ Elsa Tamez

Diseño editorial: Nereida Moreno

Ilustraciones: Memo

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

A MODO DE BIENVENIDA

*No existen tres tiempos, sino sólo tres presentes:
el presente del pasado, el presente del presente
y el presente del futuro.*

San Agustín, *Confesiones*

Bien aplica la idea del tiempo de San Agustín a la historia de Saltillo. El presente del pasado es nuestro presente, porque gracias a él, hoy tenemos una ciudad culturalmente sólida. Los hechos ocurridos en el pasado dieron rumbo a Saltillo y a sus pobladores. El sincretismo que surge a partir de la llegada de los europeos a tierras mexicanas perfecciona la cultura y como resultado obtenemos la identidad. Si hoy tenemos un presente bien definido es gracias al que construyeron los antiguos pobladores. Presente visible en las tradiciones saltillenses. Las calles y edificios son testigos presenciales de cuanto ha ocurrido.

El presente del futuro queda en manos de las nuevas generaciones que desde su nacimiento construyen su tiempo y el de todos. El libro *Abuelo, cuéntame cómo era Saltillo* es la mejor herramienta para echar un vistazo a los orígenes de lo que vivimos diariamente. Es una oportunidad para comprender a la ciudad: su estructura, sus tradiciones, su gente. Es una oportunidad para comenzar a construir el presente del futuro. Javier Villarreal Lozano emprende

la enorme tarea de rescatar nuestros orígenes y ponerlos en nuestras manos de una forma original y amena, a través de un personaje tan importante y respetado como lo es la figura del abuelo para la cultura mexicana.

Te invito a que te adentres en la historia de nuestra ciudad. Seguramente cuando termines de leer el libro no verás a Saltillo de la misma manera y cada vez que pasees por las calles del Centro Histórico un personaje o acontecimiento asaltará tu memoria. Vamos juntos a conocer nuestra historia.

Ing. Manolo Jiménez Salinas

Presidente Municipal de Saltillo

A MODO DE PRESENTACIÓN

Las migraciones ofrecen la oportunidad de conocer nuevas tradiciones, costumbres e ideologías y, por supuesto, de entremezclarlas con otras, lo cual da como resultado el nacimiento de un nuevo grupo, de un nuevo pueblo. Esa es la historia de Saltillo, la cual nos cuenta Javier Villarreal Lozano, maestro a quien admiro, respeto y agradezco esta aportación tan valiosa para los saltillenses: rescatar la historia de nuestra ciudad y llevarla hasta sus hogares de una manera agradable para chicos y grandes.

Abuelo, cuéntame cómo era Saltillo es un libro entrañable para los saltillenses, sobre todo para nuestros niños y jóvenes a quienes en un mundo virtual inundado de estereotipos es necesario cultivar en ellos el sentido de pertenencia. Y qué mejor manera que la historia. Remontarnos a nuestros orígenes nos ayuda a entender aspectos de la actualidad. Además, el hecho de que sea un abuelo quien nos narre cada historia nos hace sentir un poco de nostalgia por nuestra ciudad y quererla más.

Qué decir de las ilustraciones maravillosas de Memo Ramírez que nos llevan a dar un paseo por el Saltillo antiguo y echan a volar nuestra imaginación. Calles empedradas, carruajes y caballos, personas con armadura, hábitos o vestidos de tilma paseando por las calles del Centro Histórico, despiertan nuestra capacidad de asombro que tan necesario es mantener alerta.

Agradezco enormemente al maestro Javier Villarreal Lozano por este tesoro que pone en nuestras manos y por la confianza en el Instituto Municipal

de Cultura de Saltillo; por supuesto, también al ilustrador Memo Ramírez por mostrarnos tiempos remotos a través de su lápiz. Espero y confío en que este libro será tan valioso para los saltillenses como lo es para mí.

Lic. Iván Ariel Márquez Morales
Director General del Instituto Municipal de Cultura

UNAS PALABRAS DEL AUTOR

Cuando acepté la invitación de mi amigo Iván Ariel Márquez Morales, director del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, de escribir una historia de nuestra ciudad destinada a niños y jovencitos, me vi en la necesidad de buscar una forma amena de presentarla a los posibles lectores. Creí, y estoy convencido, de que resumir más de 400 años de historia de la ciudad en un relato, por corto y agradable que pudiera ser, resultaría aburrido.

Entonces pensé en la posibilidad, no de escribir la historia de mi ciudad, sino *contarla*. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Quién es la persona más adecuada para platicar a un niño sus recuerdos? Al responder a esa pregunta nació la idea de los abuelos imaginarios que comparten con sus nietos lo que guardan en la memoria, pero, debo aclararlo: si los abuelos y los nietos son personajes de ficción, los hechos relatados son históricos.

Esos abuelos imaginarios contarían a sus también imaginarios nietos las diferentes etapas de la historia de la ciudad, desde la fundación hasta mediados del siglo pasado y un capítulo, “Los últimos años”, para llegar a la época actual.

Estoy convencido de que todo texto, además de su valor informativo, debe procurar el enriquecimiento del vocabulario del lector. Por ello se incluyen términos posiblemente desconocidos para un niño, agregándose a cada capítulo un glosario.

También se utilizaron notas con dos propósitos: ampliar la narración con detalles interesantes o ayudar a comprender mejor la época en que sucedieron los hechos. En algunos casos incluí una línea del tiempo.

Cuando creo oportuno, cito calles, edificios y monumentos, muchos de ellos aún existentes, porque calles, edificios y monumentos también nos cuentan su historia si sabemos preguntarles y buscamos las respuestas en libros y documentos.

De lo mucho que he escrito, es este libro en el que creo haber tomado más riesgos. Espero funcione y no defraude a los editores y lectores. Mi esperanza es que los niños y los jóvenes lo lean; padres o abuelos lo hagan junto a sus hijos y sus nietos, o sirva de guía a maestro.

Agradezco al Instituto Municipal de Cultura de Saltillo la confianza de invitarme a escribir este texto. El agradecimiento lo hago extensivo a quienes tuvieron a su cargo las ilustraciones y el diseño de la publicación. Quedo en deuda también con los autores de los libros que hube de consultar, especialmente a Pablo M. Cuéllar, cuya *Historia de la ciudad de Saltillo* me sirvió para el seguimiento cronológico de los acontecimientos.

A las muchas deudas contraídas con anterioridad con María Concepción *Conchita* Recio Dávila, agrego una más: la de su paciencia de leer el escrito y ofrecer sus siempre atinadas sugerencias.

Y gracias por adelantado a quienes se decidan a leer esta historia.

Javier Villarreal Lozano

Saltillo, Coahuila. Verano de 2018

I

CAPÍTULO

DIEGO, INDIO GUACHICHIL (1600)

•

Mi abuelo conoció a Zapalinamé, el más valiente de los guachichiles. Era el jefe de la tribu antes de la llegada de los blancos. Nadie como Zapalinamé para cazar con el arco, ni nadie como él cuando de pelear con los enemigos se trataba. En ese tiempo, dice mi abuelo, todo el valle era nuestro. Nuestros los cerros, las montañas y los animales que allí vivían. Siendo joven, mi abuelo ayudaba a buscar comida. Recogían plantas y cazaban. La vida no era fácil. Andaban de un lado para otro. Cuando en un lugar ya no había plantas ni animales, levantaban lo poco que tenían: los arcos, las flechas, las lanzas, los cueros de venado, y se iban a otra parte.



En el valle siempre ha habido mucha agua, pero a veces, cuando los fríos, faltaba comida. Al crecer las vainas de los mezquites y comenzaban a ponerse amarillas y medio coloradas, niños y grandes se daban gusto chupándolas —a mí me encanta chupar vainas de mezquite, saben dulces—. Ya secas, las juntaban y las molían en unos agujeros hechos en la piedra, que los blancos llaman morteros, para hacer pinole, y les duraba mucho.

No vivían en cuevas, como asegura el padre Álvarez del convento de San Francisco. Mi abuelo y su gente hacían sus casas con cueros de animales, varas y yerba seca. El abuelo recuerda a gente de aquellos tiempos. Habla de un tal Sabaguavén, un guerrero que hacía puntas para las fechas y las lanzas. De un pedazo de piedra, que dice el padre Álvarez se llama obsidiana, le sacaba pedacitos hasta dejarlas delgadas y filosas. Después las colocaba en el palo de la flecha usando cosas pegajosas que quién sabe dónde recogía, y las amarraba bien amarradas usando tripas de conejo o de liebre.

Cuando me habla de las fiestas, los mitotes, como él les dice, a mi abuelo se le pinta una sonrisa en la cara. Sobraba la comida porque alguien había matado un venado. Niños y grandes estaban contentos. Bailaban alrededor de una fogata toda la noche, mientras otros tocaban el tambor y hacían sonar guajes llenos de piedritas.

Antes de empezar el mitote, comían peyote. Los franciscanos han prohibido comer peyote. Dicen que es pecado. Aseguran que es una planta inventada por el diablo para volver locos a los hombres. “Ahora muchas cosas son pecado”, se queja mi abuelo. Cuando era joven, recuerda, no había iglesias ni misas ni sacerdotes, pero sí les tenían miedo a los remolinos de polvo. Pensaban que aparecían para hacerle daño a la gente. “¡Cachinipa, Cachinipa!”, gritaban hombres, mujeres y niños, escondiéndose en las chozas. Pero más miedo sintieron cuando llegaron los blancos al valle. Fue la primera vez que mi abuelo vio un caballo y oyó el tronido de un arcabuz.

Mi abuelo es de otro tiempo, y no entiende muy bien eso del pecado, aunque sí le tiene miedo a ese infierno del que habla el padre Álvarez. “Yo creo que el diablo es malo, como Cachinipa”, dice.

Ya quedan pocos guachichiles. A muchos los mataron los blancos. A otros se los llevaron lejos a trabajar quién sabe a dónde. Algunos murieron de enfermedades muy feas. Mi mamá le ayuda a una señora blanca, por eso yo vivo en el convento de San Francisco, donde también recogieron a mi abuelo.

Mi abuelo habla de muchas cosas de los tiempos de antes y se pone triste. “Ya no somos libres”, se lamenta. Pobre, cada vez está más solo.



Cuando llegaron los españoles, en el Valle de Saltillo habitaban indios guachichiles y borrados. Eran tribus norteañas pertenecientes a las que desde el tiempo de los aztecas llamaban chichimecas. A diferencia de los indios del altiplano y de la zona maya, los guachichiles no construyeron ciudades. Eran nómadas, cazadores-recolectores, y resistieron la invasión de los blancos, que les hacían la guerra y en ocasiones los apresaban para venderlos como esclavos. Aunque franciscanos y jesuitas fundaron misiones en Coahuila para convertirlos a la religión católica, los chichimecas nunca se acostumbraron a la vida sedentaria –a vivir en un solo lugar– y al paso del tiempo acabaron por desaparecer. De ellos nos quedaron grabados en las rocas (petroglifos) y algunas pinturas, así como puntas de flecha y otros artefactos de piedra.

Se cree que los habitantes originales de América, entre ellos los guachichiles y borrados que vivían en el valle de Saltillo, llegaron al continente por Asia, a través del Estrecho de Bering, hace aproximadamente 12 mil años. Algunos grupos avanzaron hacia el sur. Otros, como los guachichiles y borrados, se quedaron en esta región.

GLOSARIO

Altiplano. La parte más alta de la República Mexicana, ocupada por aztecas y otros grupos. Saltillo (a 1,600 metros sobre el nivel del mar) se encuentra en el extremo norte del altiplano, que empieza a descender hacia el norte (Monclova, Piedras Negras, etc.) y hacia el oriente (Monterrey). Por esa razón el clima de Saltillo es menos caluroso que en esos lugares.

Arcabuz. Antigua arma de fuego de cañón largo.



II

CAPÍTULO

JUAN CRISTÓBAL, FUNDADOR (1610)

•



—Sí, Lorenzo, yo vine a este lugar hace ya más de veinte años. Todo empezó en Zacatecas, cuando en 1546 se descubrieron yacimientos de plata. En poco tiempo llegaron cientos de hombres queriendo volverse ricos. Algunos lo lograron. Aquello era la locura. De un día para otro, cualquier minero andrajoso amanecía viviendo en un palacio y paseando en carruajes tirados por dos o cuatro caballos. Yo fui uno de los que llegó a Zacatecas buscando fortuna, pero no tuve suerte. Nací en un pueblito cercano a Pamplona, y en Zacatecas vivían entonces muchos paisanos, también vascos como yo. Después se descubrió plata en Nieves y en Mazapil. Hasta se creyó que bajo esta tierra había una plancha sólida de plata pura. Mentiras, puros sueños.

Un sueño que perseguimos. Veníamos de Zacatecas, pasamos por Mazapil y seguimos. Buscábamos

plata, pero lo que encontramos fueron tierras resacas, palmas y lomas pelonas. Nada de agua. Ni modo de regresarnos. Hambrientos, casi muertos de sed y de cansancio llegamos a este valle. Allá arriba encontramos un ojo de agua, uno de los muchos que hay aquí, pero ese es el más grande. El agua brota y al salir forma una pequeña cascada. Te has de imaginar qué sentimos después de caminar semanas por el desierto, ver el valle lleno de verde con decenas de arroyos. Fue una bendición. Un milagro. Muchos se pusieron de rodillas para dar gracias a Dios. Éramos soldados, pero al ver aquella hermosura nos dieron ganas de quedarnos, olvidar la guerra contra los indios y también las minas. —Mira, ese es mi casco. Ya no lo uso. Lo guardo de recuerdo. Cuando me muera, te quedas con él, será tuyo por ser mi nieto mayor.

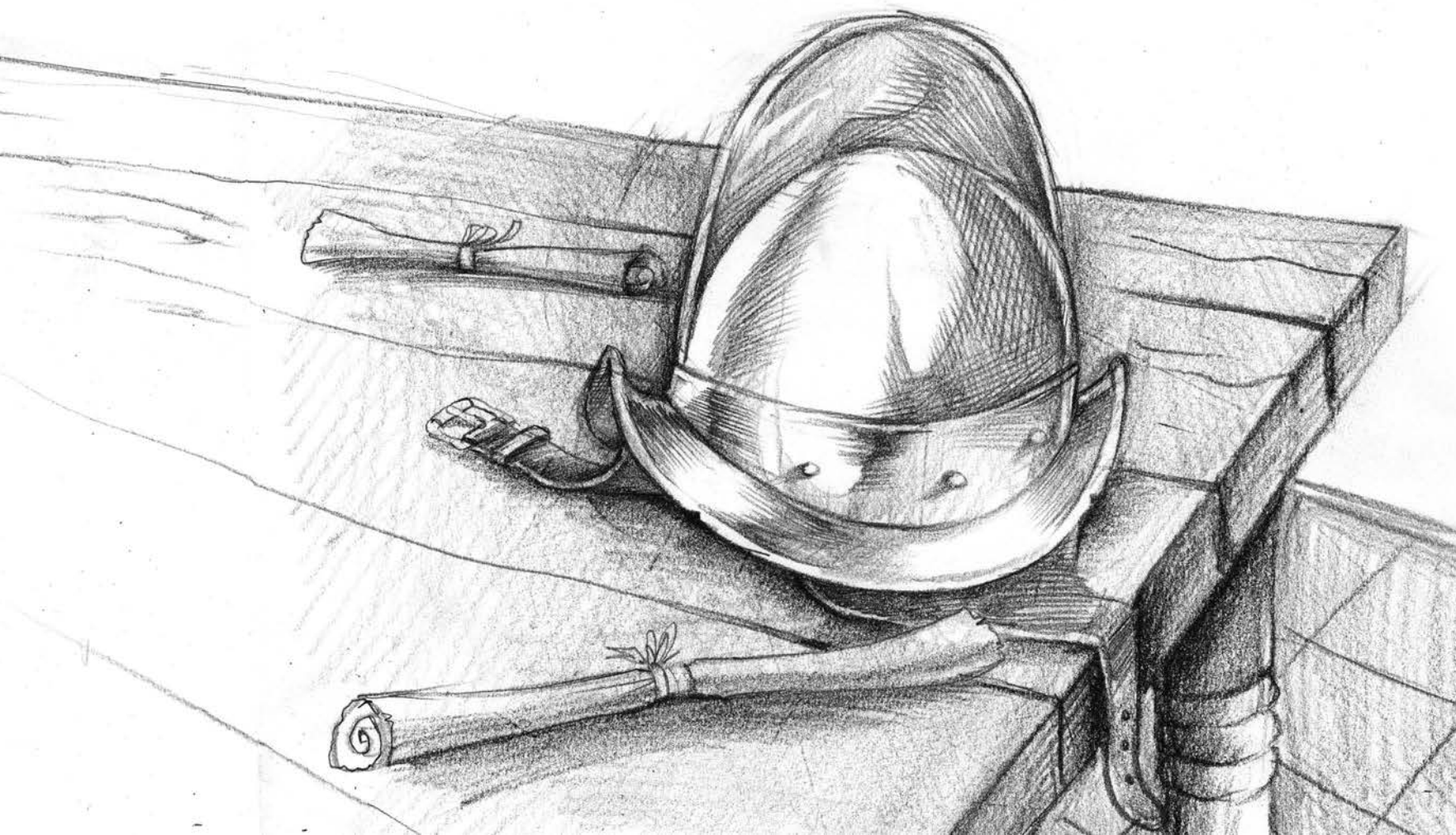
Nuestro capitán, Alberto del Canto, aceptó que nos quedáramos. Yo creo que él también estaba cansado de andar para arriba y para abajo. Hizo lo que debe hacerse en esos casos: arrancó yerba, bebió agua de un manantial y tomó posesión del valle a nombre del rey de España, Felipe II. El cura Baldo Cortés puso una mesa como altar a la sombra de un árbol y ofició una misa.

Alberto del Canto trazó los terrenos de la plaza. Después repartió tierras entre los que le acompañábamos y nombró Villa de Santiago del Saltillo al pueblo que empezábamos a formar. Lo de Saltillo fue por el saltito de agua y la cascadita que están en la loma. Santiago es el santo patrón de España. Siendo niño,

mi padre me contaba que hace muchos años, cuando los árabes, a los que también llaman moros, ocupaban España, el apóstol Santiago se aparecía montado en un caballo blanco para ayudar a los españoles a combatir a los invasores. Por eso le dicen también Santiago *Matamoros*. Cuando peleábamos contra los indios, antes de entrar en combate algunos acostumbraban gritar: “¡Santiago y cierra España!”, pidiendo al santo nos diera valor y fuerza y nos permitiera salir vivos del combate.

—¿En qué año vinieron?

—Debió ser allá por 1577, aunque con la edad ya no estoy muy seguro. Tú todavía no nacías; tampoco tu papá. Él nació aquí, fue de los primeros niños sal-





tillenses. Porque entonces éramos unos cuantos europeos, no más de veinte familias.

—¿Y los indios?

—Algunos eran pacíficos. Otros no. Vivían allá arriba, trepados en la sierra. De vez en cuando bajaban para atacarnos o robar animales y comida. En una de esas mataron a mi compadre Cristóbal de Sagastiberri. Dos de ellos, Zapalinamé y Cilaván, siguieron peleando hasta que Francisco de Urdiñola logró convencerlos de quedarse en paz, dándoles vestidos y alimentos. No fue fácil ponerlos en paz, pues muchos españoles se dedicaban a cazar indios, y no confiaban en nosotros. Creo que no les faltaban razones para desconfiar.

Francisco de Urdiñola fue un hombre poderoso. También él era vasco. Buen soldado y muy rico. Tenía minas de plata y era dueño de estancias que ahora se conocen como San Francisco de los Patos y Parras, donde criaba miles de borregos. Hizo mucho por Saltillo. Fue él quien trajo a los tlaxcaltecas. Años después tuvo líos con la justicia. Lo acusaron de haber matado a su esposa. Sin embargo, no pudieron probarle nada. Quizá todo fue un chisme inventado por envidiosos. Como te decía, pactó con Zapalinamé y trajo un poco de tranquilidad a estas tierras.

Tuve una espada toledana, que son las mejores, pero la cambié por un arado cuando decidí abandonar

la carrera militar y volverme agricultor. A nombre del rey, Alberto del Canto me entregó unas tierras cerca de San Nicolás de las Labores. Tú conoces la hacienda. Con mucha agua y buena tierra fue fácil convertirme en agricultor, como los demás vecinos. No podemos quejarnos. Nos fue bien. Alrededor de la plaza construimos casas como dios manda, aunque de adobe. Al principio vivíamos en cuartos hechos con varas y lodo, eso que le dicen bahareque. Algunos se hicieron ricos, como don Juan Navarro, quien construyó al oriente de

la villa el primer molino de trigo que hubo aquí y que todavía funciona. Se mueve con el agua de la acequia llamada navarreña. Trigo, maíz, harina y animales se vendían bien en las minas de Zacatecas, donde hay mucha plata, pero poca agua y malas tierras. Algunos prosperaron cuando se volvieron encomenderos y hacían trabajar a tribus completas de indios.

Sí, ya te lo dije, un día mi casco será tuyo, para que no olvides a tu abuelo quien fue soldado y fundó la Villa de Santiago del Saltillo.

Por no existir el acta de fundación de Saltillo, la fecha aproximada del nacimiento de la entonces villa se conoce por documentos escritos muchos años después. En 1643, el gobernador de Nueva Vizcaya, quien estaba en pleito con el gobernador del Nuevo Reino de León por la región de Monclova, donde se creía existían ricos yacimientos de plata, alegaba que en 1577 Alberto del Canto había fundado Saltillo por órdenes de las autoridades de la Nueva Vizcaya. Este escrito, conocido como Documento del Parral, sirvió de base para fijar el año de la fundación, la cual se celebra el 25 de julio desde 1977.

Francisco de Urdiñola nació en el valle de Oyarzún, España, en 1522. Vino joven a la Nueva España, como entonces se llamaba México, y residió en Zacatecas. Logró la pacificación de los indios guachichiles y pachos, a veces por la fuerza, a veces pactando con ellos. Promovió la fundación de San Esteban de Nueva Tlaxcala y fue Justicia Mayor y capitán de guerra de la Provincia de Coahuila. Hizo crecer sus propiedades hasta convertirlas en uno de los latifundios más grandes de México. Se casó con Leonor López de Lois, de cuya muerte lo acusaron, pero fue absuelto. Gobernador de la Nueva Vizcaya. Sus descendientes adquirieron el título de marqueses de Aguayo. Murió en su hacienda de Santa Elena, cerca de Zacatecas.



GLOSARIO

Acequia Navarreña. Llamada así por su primer propietario, Juan Navarro. Su molino estaba en La Aurora, donde todavía existe el acueducto que conducía el agua.

Bahareque. Construcción hecha con varas y lodo.

Encomendero. Español al que se le entregaban (encomendaban) grupos de indios con la obligación de darles trabajo e iniciarlos en la fe católica, pero que, en la realidad fue, muchas veces, una esclavitud disfrazada.

Latifundio. Propiedad de tierras de gran tamaño. El latifundio de la familia Sánchez Navarro que abarcaba parte de Coahuila, Zacatecas y Nuevo León, tuvo siete millones de hectáreas, o sea una tercera parte de lo que hoy es Portugal.

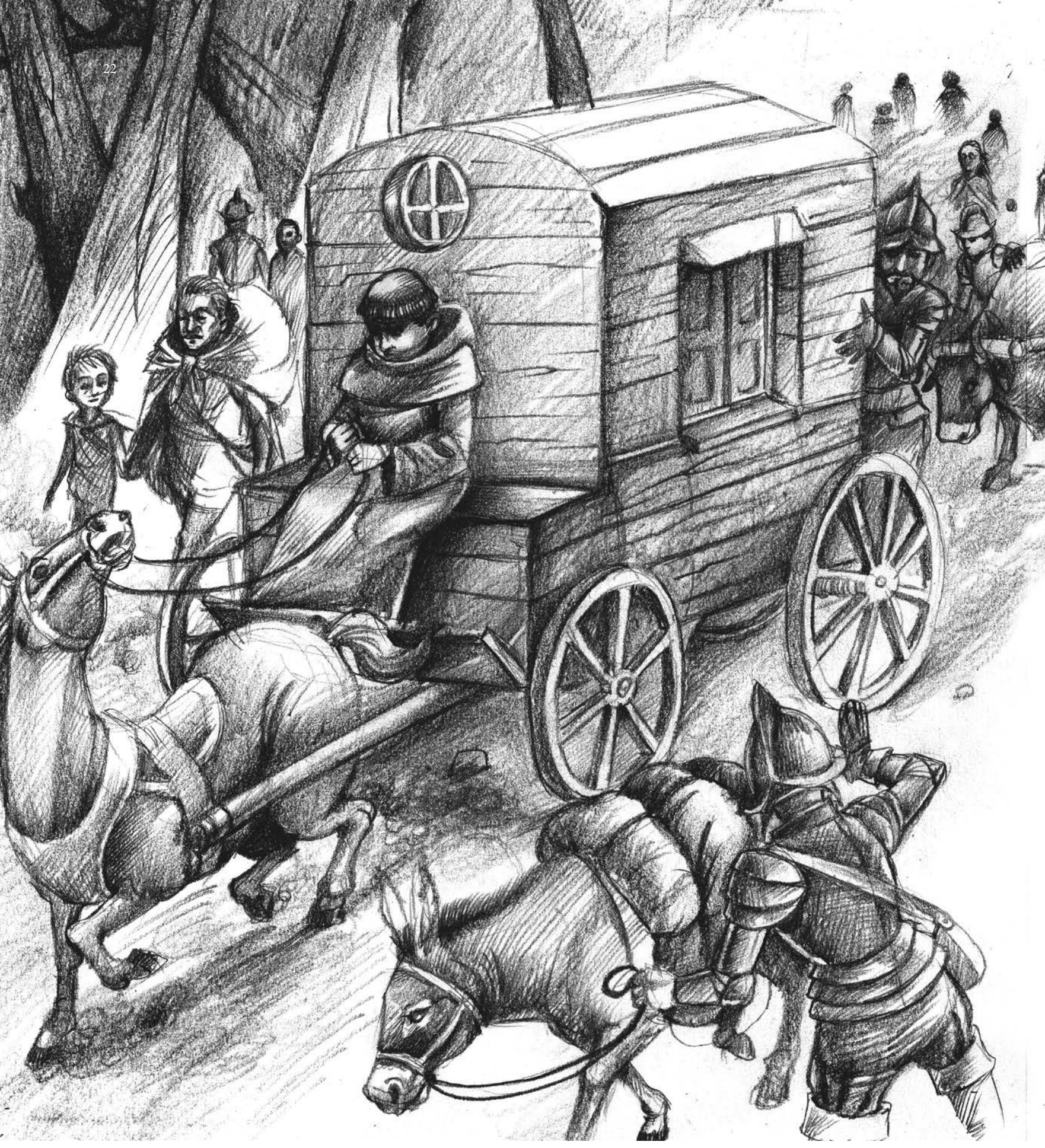
San Nicolás de las Labores. Hoy Ramos Arizpe, Coahuila.

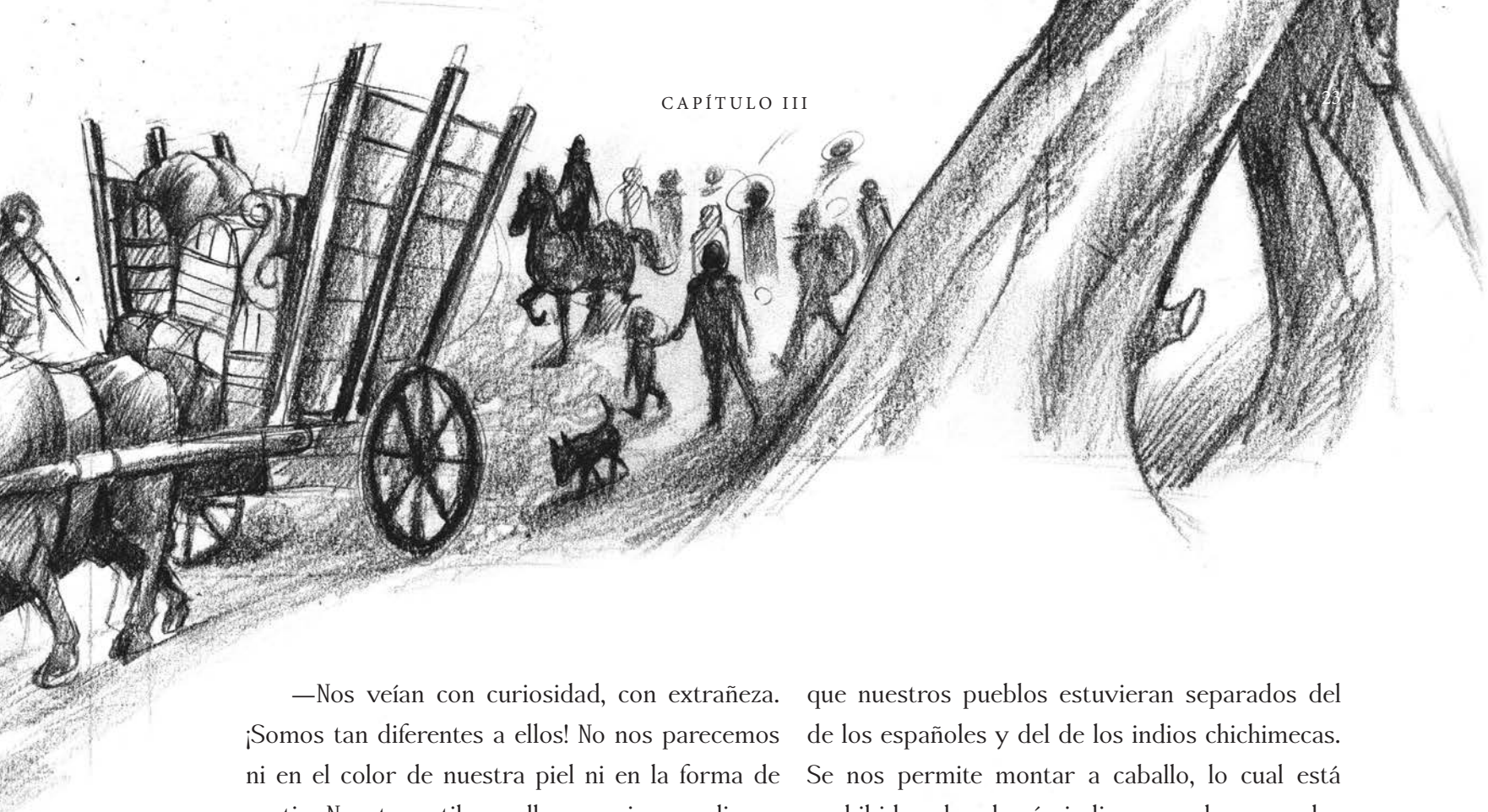
III

CAPÍTULO

LORENZO MIGUEL, TLAXCALTECA (1630)

•





—Nos veían con curiosidad, con extrañeza. ¡Somos tan diferentes a ellos! No nos parecemos ni en el color de nuestra piel ni en la forma de vestir. Nosotros: tilma; ellos: camisa, medias y algunos todavía armadura de hierro y casco. Desfilamos por la calle polvorienta de la villa, unos en carreta, otros a pie. Veníamos de muy lejos, desde Tlaxcala. Nuestros gobernantes hicieron un acuerdo con el virrey Luis de Velasco para que vinieran al norte de la Nueva España 400 familias. Los pueblos del norte tenían —y siguen teniendo— pocos habitantes europeos, y había temor que un levantamiento de los indios acabara en cualquier momento con ellos. Nuestro compromiso era vivir junto a las villas de las poblaciones españolas y servir de modelos a los chichimecas, para que aprendieran a sembrar y a vivir en un solo lugar.

Claro, los gobernantes de Tlaxcala pusieron condiciones. Muchas e importantes. Una de ellas,

que nuestros pueblos estuvieran separados del de los españoles y del de los indios chichimecas. Se nos permite montar a caballo, lo cual está prohibido a los demás indios, y podemos andar armados. Como sabes, también tenemos nuestras autoridades. Los de la Villa del Santiago del Saltillo no pueden ordenarnos nada. Nosotros nos gobernamos a nosotros mismos. Cada año elegimos alcalde de un barrio diferente, para que no mande siempre alguien del mismo barrio. Y no sólo eso, las autoridades españolas nos dieron arados y semillas durante dos años, mientras nosotros producíamos nuestros alimentos. ¿Sabes cómo me dicen a mí?

—Sí, abuelo, todos le llaman don Lorenzo y hasta le besan la mano en signo de respeto.

—Ves. Esa es otra cosa que conseguimos: usar el don antes de nuestros nombres. Sólo los españoles principales, los nobles, pueden usar el don antes de su nombre.



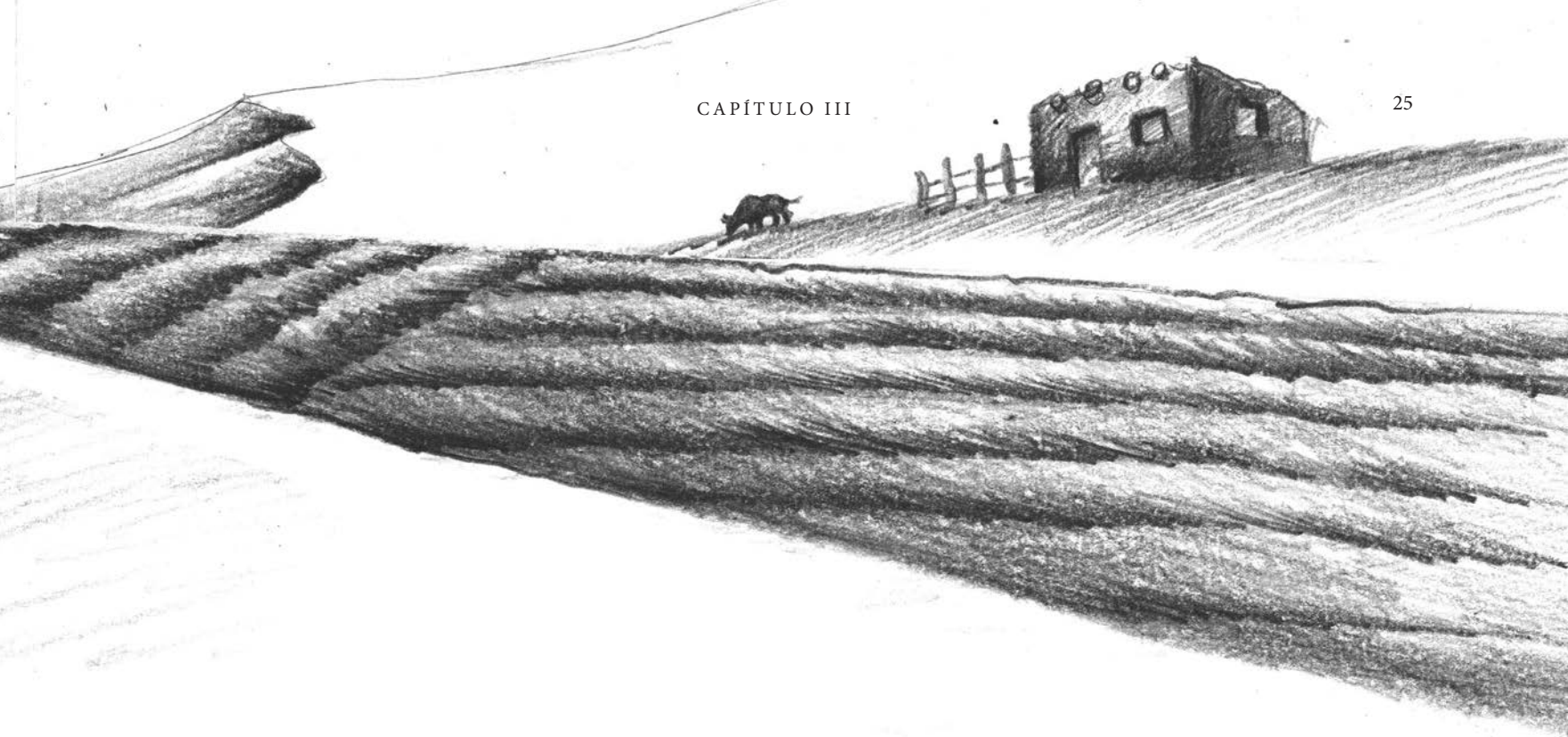
—¿Por qué los blancos nos tratan distinto, mejor que a los aztecas o los purépechas, por ejemplo?

—Es una historia muy vieja, pero debes conocerla. Antes de la llegada de los españoles, la gente de Tlaxcala sufría mucho por los abusos de los poderosos aztecas. Continuamente nos hacían la guerra y cada año nos obligaban a pagarles tributo: maíz, cazuelas, plumas de pájaros y pieles. En la guerra hacían prisioneros a los nuestros. Los llevaban al templo mayor de la Gran Tenochtitlan para sacrificarlos a sus dioses, principalmente al terrible Huitzilopochtli. Los subían a lo alto de la mayor de sus pirámides y les sacaban el corazón. Los aztecas pensaban que si no

ofrecía sangre y corazones a sus dioses, el sol dejaría de salir por la mañana.

Cuando llegó Hernán Cortés a Tlaxcala, nuestros gobernantes vieron la oportunidad de vengarse de los aztecas. Se unieron a Cortés y le ayudaron a atacar la Gran Tenochtitlan y apoderarse de ella. Por eso, los tlaxcaltecas no fuimos conquistados, fuimos aliados de los conquistadores, y los españoles nos consideran iguales que ellos.

Sí, José María, yo nací allá, en Tlaxcala. Soy de uno de los barrios de la ciudad, el de Tizatlán, donde dicen que todos somos nietos del gran Xicotécatl. Lo recuerdo muy bien. Es un pueblo bonito, tiene una



gran iglesia dedicada a San Esteban. Por eso nuestro pueblo se llama San Esteban de la Nueva Tlaxcala, y a san Esteban está dedicada la nuestra. Porque también tenemos nuestra propia parroquia; los de Saltillo tienen la suya, la de Santiago Apóstol.

El 13 de septiembre de 1591, el capitán Francisco de Urdiñola y nuestros jefes, don Buenaventura de Paz y don Joaquín de Velasco, reunieron a los tlaxcaltecas y a los habitantes de Saltillo para hacer la fundación oficial del pueblo de San Esteban. Las

dos poblaciones están separadas por la acequia que corre frente al convento de los franciscanos. De allí al poniente son tierras nuestras. De la acequia, al oriente, son de los de la villa. La convivencia no siempre ha sido fácil. Hemos tenido muchos problemas, principalmente al repartir el agua de la acequia que nos separa.

Recuerda todo esto y siéntete muy orgulloso de ser tlaxcalteca, de tu historia y de hablar mexicano: náhuatl.

GLOSARIO

Flancos. A los lados.

Hacinamiento. Amontonamiento en un espacio pequeño.

Tilma. Vestido indígena consistente en una manta grande que se enredaba en el cuerpo.

Severos. Serios.

En los carros venían acomodadas las familias tlaxcaltecas, un total de setenta y una, en un hacinamiento de mujeres y pequeños, de mobiliario elemental y de enseres de cocina, de víveres y de animales domésticos, de semillas de flores y de pequeños árboles frutales: manzanos, perales, membrillos... no faltaban retoños de magueyes destinados a proporcionarles con el tiempo la bebida favorita –pulque– de su madre patria. Marchando en los flancos de los carros, severos y orgullosos, con sus tilmas de variados colores, ochenta y seis tlaxcaltecas, de los cuales setenta y uno eran jefes de familia y dieciséis solteros.

Vito Alessio Robles, *Saltillo en la historia y en la leyenda*

A San Esteban y Saltillo los separaba la acequia que corría por lo que hoy es la calle de Allende. La presencia tlaxcalteca dejó su huella en la cultura no solamente en nuestra ciudad, sino en otras muchas de Coahuila y Nuevo León. Familias de San Esteban poblaron Parras, Monclova, Candela, entre otras. Magníficos agricultores surtían de legumbres, fruta y leche a la Villa del Saltillo. Plantaron magueyes e hicieron aguamiel y pulque, gracias a lo cual hasta hoy nuestra ciudad tiene fama por su pan de pulque. También fueron los primeros tejedores de lana de borrego, técnica que ha continuado hasta nuestros días con la fabricación de sarapes. San Esteban de la Nueva Tlaxcala se mantuvo como pueblo independiente hasta 1833, cuando desapareció, formando con Saltillo una sola ciudad.



IV

CAPÍTULO

MARTÍN PILARES, CRONISTA (1630)

•



—Pasa, Pedro Joaquín, pasa.

—Buenas tardes, abuelo. Vine a saludarlo y a merendar con la abuela.

—Siempre me da gusto verte, y verte cada vez más grande, más formal. Pronto serás un hombre.

—¿Qué hace entre tantos papeles, abuelo?

—Tomo apuntes. Ya te he hablado de mi chiflatura de escribir la historia de la villa de Santiago del Saltillo, pero creo que nunca la terminaré. Los años me pesan y avanzo muy despacio. Sin embargo, me divierte revisar papeles viejos.

—Debe ser muy difícil.

—Algo. Ahora estoy tratando de escribir lo que pasó después de su fundación.

—¿Saltillo creció muy rápido?

—No, creció poco a poco, con dificultades. De las primeras cosas que he averiguado es que Santos Rojo, uno de los primeros pobladores, pagó con su dinero la construcción de la Capilla de las Ánimas en el lado norte de la vieja y pobre iglesia parroquial. En 1608, don Santos hizo un largo viaje desde Saltillo hasta Jalapa, Veracruz, donde cada año se celebra una feria en la que se vende toda clase de artículos del país, como otros traídos de Europa por barco hasta el puerto de Veracruz. En Jalapa compró una escultura de Cristo crucificado, para traerla acá. Es el Santo Cristo, el mismo que está ahora y en honor del cual se celebra la fiesta del 6 de agosto, a la que has ido con tu papá y tu mamá a ver la danza de los matachines y los fuegos artificiales. Es extraño, pues como sabes, el patrono de la villa es el Apóstol Santiago, pero el Santo Cristo de la Capilla es más vene-

rado por la gente. Hay una hermosa leyenda acerca de la imagen.

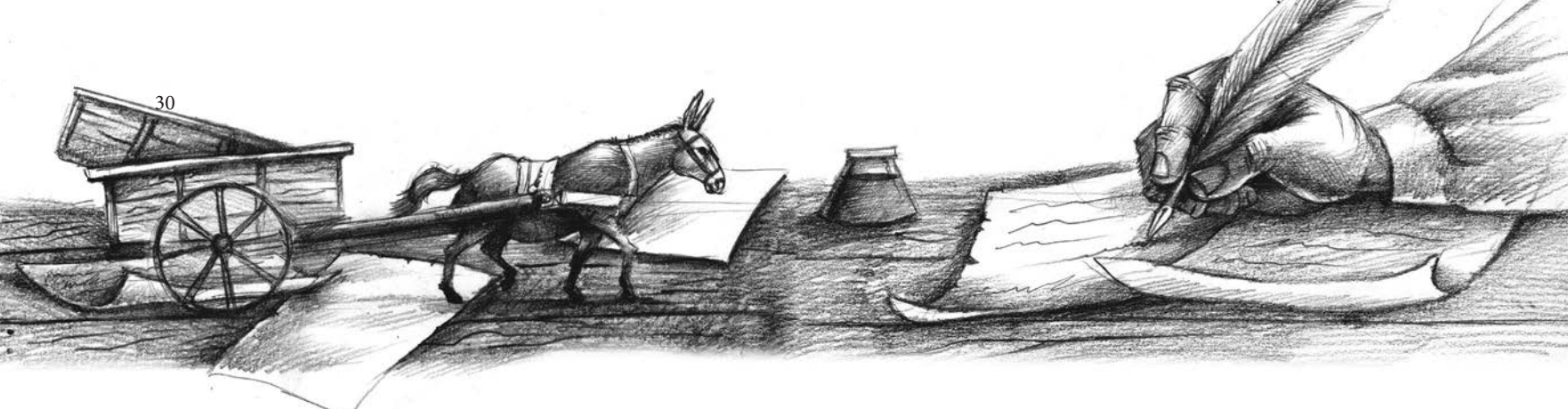
—Cuéntemela, abuelo.

—Asegura la tradición que la imagen iba a ser enviada a Guadalajara. Sin embargo, la mula que la traía se desvió del camino y el 6 de agosto, ante el asombro de los saltillenses, apareció en la plaza principal cargada con una gran caja. Dentro de ella estaba la escultura de Cristo crucificado. Poco después, la mula desapareció misteriosamente. Por eso, dice la leyenda, se construyó la capilla frente a la plaza y ese día se celebra la fiesta.

En ese tiempo seguía la guerra contra los indios. Aunque la llegada de los tlaxcaltecas fortaleció a Saltillo, la amenaza de los chichimecas no desapareció. En 1667, un jefe indio llamado Carretero reunió a numerosas tribus en las faldas de la Mesa de Catujanos, cerca de Candela, con la intención de atacar a pueblos de tlaxcaltecas y españoles. Avisadas las autoridades de Saltillo, el alcalde mayor, Juan Antonio de Sarria, juntó a la gente, se fue a Catujanos y capturó a todos los indios. Carretero y seis de sus principales seguidores fueron condenados a muerte. A Carretero lo ahorcaron aquí, en Saltillo.

Todavía era peligroso alejarse de la villa. Las enfermedades también mataban a muchas personas. Hubo una epidemia de viruela que duró dos años, de 1646 a 1648, y volvió veinte años después. Murieron cientos.

San Esteban tenía entonces y tiene ahora más habitantes que Saltillo. Los tlaxcaltecas, magníficos agricultores, han hecho verdaderos jardines de sus huertas. Igual que antes, en los ranchos y haciendas de los alrededores se produce maíz y trigo; además,



se cría ganado. Pero Saltillo creció y prosperó principalmente gracias a su ubicación. Fíjate en el mapa: aquí están Zacatecas, Mazapil, Concepción del Oro y demás pueblos mineros. Aquí Saltillo y acá Monterrey. En el camino de Saltillo a Monterrey hay una cañada, la Cuesta de los Muertos. Es el único lugar por donde pueden subir carretas del Golfo de México al altiplano. El otro camino para carretas está a cientos de leguas al sur, en Jalapa. Eso ha convertido a nuestra

villa en paso obligado de muchos viajeros, y por eso, también, hay gran número de saltillenses dedicados a la arriería, transportando productos del Golfo a Zacatecas y de Zacatecas al Golfo.

Esta situación ha hecho también que la feria de Saltillo sea la más concurrida del norte de la Nueva España. Ya lo has visto. Viene gente de todas partes. Los días de feria cambian la villa, parece otra. Todo gracias a la Cuesta de los Muertos.

La tradición habla de los muchos milagros hechos por la imagen del Santo Cristo de la Capilla. Una vez, aseguran, la escultura sudó al ser llevada a la Parroquia. La tradición recuerda también otro milagro ocurrido el 25 de marzo de 1767, cuando el niño José Joaquín de Arizpe, trepado en la parte alta de la nueva capilla, perdió el equilibrio y cayó al vacío. Cuando iba en el aire, el niño aseguró haber invocado al Señor de la Capilla y resultó ileso.

•

En 1673 se tuvieron informes de que una multitud de indios salvajes se acercaba a Saltillo en compañía de un religioso franciscano. No se sabía con precisión si el religioso era prisionero de los indios, pero temiendo por su vida, los vecinos se armaron y salieron al encuentro de aquella muchedumbre. En las cercanías de Saltillo se encon-

traron los dos grupos. Entonces se adelantó el religioso y se colocó entre los indios y los españoles, explicándoles que los bárbaros no deberían ser molestados. Que, al contrario, deberían ser bien atendidos.

El franciscano era Juan de Larios, quien había encontrado a los indios cuando se dirigía a Parral. Los indios le pidieron que fuera a su tierra, la que llamaban Coahuila –hoy Monclova– a enseñarles la doctrina cristiana y protegerlos de los abusos de los españoles. Fray Juan de Larios fue con ellos al norte y fundó misiones en numerosos lugares, convirtiéndose en gran defensor de los indios.

Vito Alessio Robles en su libro *Saltillo en la historia y en la leyenda*

GLOSARIO

Ileso. Sin heridas.

Legua. Medida de longitud española equivalente a 4 kilómetros 827 metros.

V

CAPÍTULO

GINÉS DE ARROYO,
EX SOLDADO
(1797)

•

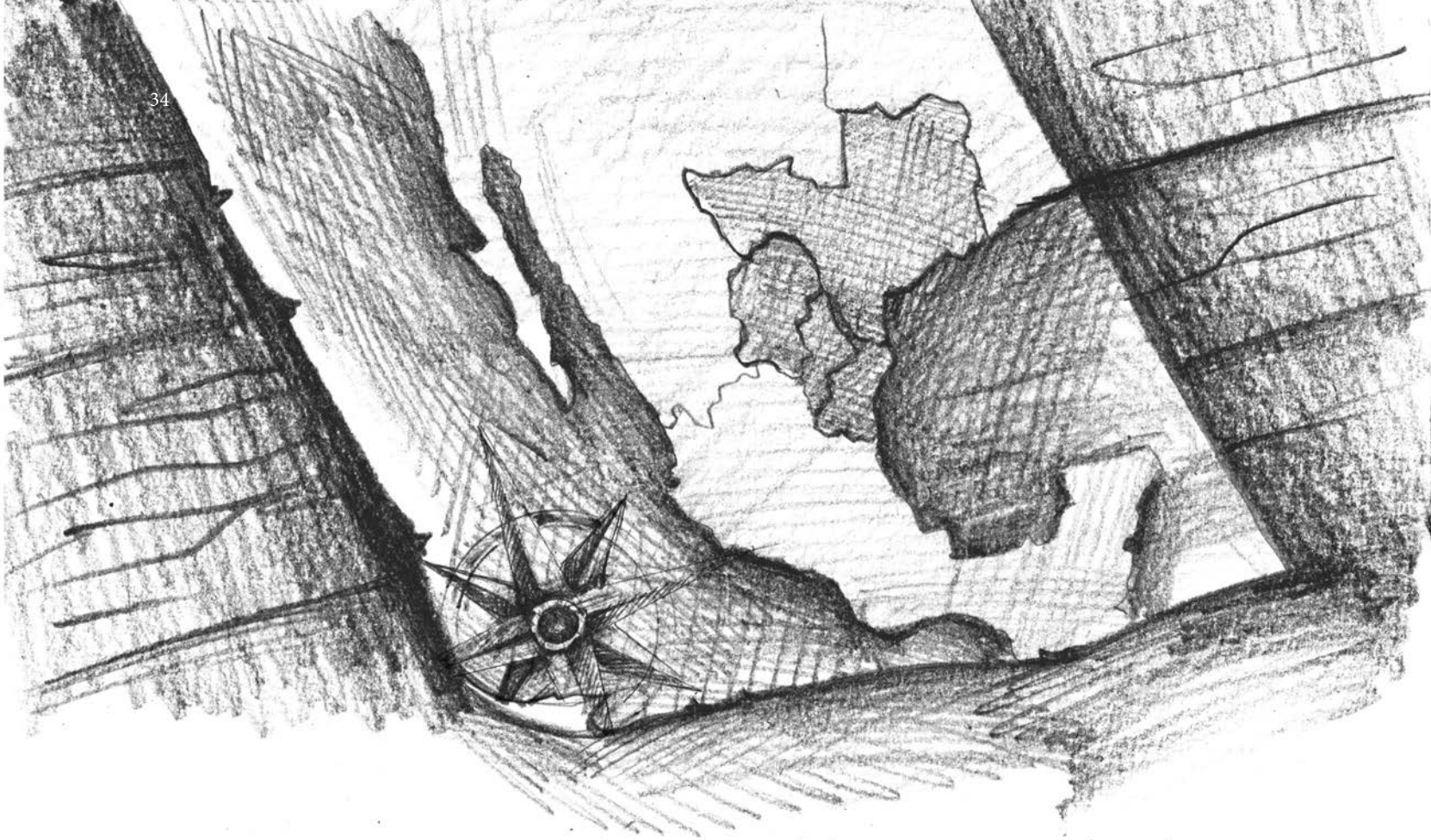




—Todavía me da risa cuando me acuerdo. Fue muy gracioso. Fíjate, mi querido nieto, en 1777 hubo en Saltillo una gran alarma. Cientos de mujeres iban a la iglesia a pedir a Dios que las salvara. Llenaron la parroquia. Estaban seguras de que ese sería el último día de sus vidas. Llorando, hacían largas filas para confesarse. Todo aquel escándalo lo causó una noticia. Esa mañana se presentó con el alcalde de Saltillo un grupo de soldados para anunciar que al día siguiente llegaría el caballero Francisco Teodoro de Croix, gobernador de las recientemente creadas Provincias Internas, acompañado de un grupo de dragones. En el ejército llamamos dragones a algunos soldados de caballería, pero las mujeres pensaron que De Croix vendría con dragones, los de la leyenda: animales fantásticos con un cuerpo enorme de serpiente, garras de león, alas de

águila y que echan lumbre por el hocico. El desorden se hizo tan grande que un sacerdote habló varias veces con las asustadas mujeres, explicándoles que los dragones eran hombres montados a caballo, no animales terribles como el de las estampas de San Jorge.

Las Provincias Internas se crearon por órdenes del rey de España para mejorar la administración de sus colonias, entre ellas la de la Nueva España. En 1700 murió el rey Carlos II. No tenía hijos a quienes heredar la corona. Carlos fue el último de los reyes españoles de la familia los Habsburgo, también conocida como los Austria. Ante esta situación, se llamó a reinar España a Felipe V, miembro de otra familia, la de los borbones. España estaba en crisis. La gran riqueza obtenida de sus colonias americanas la había gastado en guerras y en mantener una nobleza improductiva. Felipe V trató



de solucionar las cosas modernizando la organización del gobierno. A esta modernización se le conoció como las Reformas Borbónicas. Uno de los cambios fue rediseñar el mapa de la Nueva España. Por eso se crearon las Provincias Internas, o de Tierra Adentro, enorme territorio que va desde Texas y Tamaulipas hasta California y Nuevo México —que es demasiado grande y alejado de la Ciudad México para ser bien vigilado por el virrey—. Las reformas trajeron cambios importantes a Saltillo. La villa dejó de pertenecer a la Nueva Vizcaya y pasó a formar parte de la Provincia de Coahuila con capital en Monclova.

La llegada del caballero de Croix, quien después sería virrey de la Nueva España y del Perú, impresionó a los saltillenses —poco acostumbrados a conocer

a personas tan importantes—. Lo acompañaba, entre otros muchos, el sacerdote franciscano Juan Agustín de Morfi, hombre inteligente, culto y muy curioso; tomaba nota de cuanto veía en el largo viaje que hizo con el caballero.

En ese entonces, hace veinte años, Santiago del Saltillo era ya una población grande, pero, igual que ahora, no todas sus calles eran rectas. Esto se debe a que las familias, por tener el agua cerca, construyeron sus casas al lado de las acequias. La mayoría de las casas, como puedes verlas aún, siguen siendo de adobe, y muy pocas están pintadas. En aquel tiempo se estaba construyendo la iglesia, la cual todavía no se termina. El agua sigue siendo abundante. Morfi decía haber contado en el valle 665 manantiales. En

los ranchos y haciendas se crían muchos borregos, y hace veinte años los animales salvajes (venados, liebres, conejos y demás) bajaban hasta las casas, lo cual no sucede ahora con tanta frecuencia.

La fruta producida en Saltillo le pareció exquisita a Morfi, y los repollos, según decía, eran los mejores de toda América. Eso sí, no hay madera. Los tlaxcaltecas son los únicos que se ocupan de plantar árboles frutales. En Saltillo, la villa española, como puedes verlo todavía, casi no hay árboles.

Desde ese tiempo el comercio era ya muy importante. En las tiendas se encuentran telas venidas de España, así como frutas, semillas y ganado, que no solamente se venden aquí, sino también en Nuevo León y Zacatecas.

Para entonces (1777), la feria había ganado gran fama. Al padre Morfi le llamó la atención que durante la feria se organizaran corridas de toros, además de otras diversiones. También le sorprendió la cantidad de compradores y comerciantes, algunos venidos de partes muy lejanas. Eran y son todavía tantos que, te habrás fijado,

no hay forma de acomodarlos en las casas. Por eso se construyen chozas en la plaza y en los alrededores de la iglesia para que tengan donde quedarse.

Sí, ya había problemas, por supuesto. Sobre todo, entre los comerciantes. Los criollos se quejaban de la competencia de los españoles. Esto se agravó con el tiempo, pues con las Reformas Borbónicas muchos españoles vinieron a ocupar los empleos en el gobierno, dejando sin trabajo a quienes habían nacido aquí. Algunos españoles, gachupines, como les dicen, consideran inferiores a quienes hemos nacido en estas tierras. Se sienten superiores.

También entonces hubo inquietud por la reciente expulsión de los sacerdotes jesuitas, en 1776. El rey les ordenó salir de España y de todas sus colonias. Aunque aquí no había jesuitas, la noticia llegó de Parras, donde mantenían el Colegio de San Ignacio. Los habitantes de Parras sintieron coraje y tristeza por la expulsión, y si no se quejaron públicamente fue por miedo.

No sé en qué acabarán estos líos, pero seguramente a ti te tocará verlo.

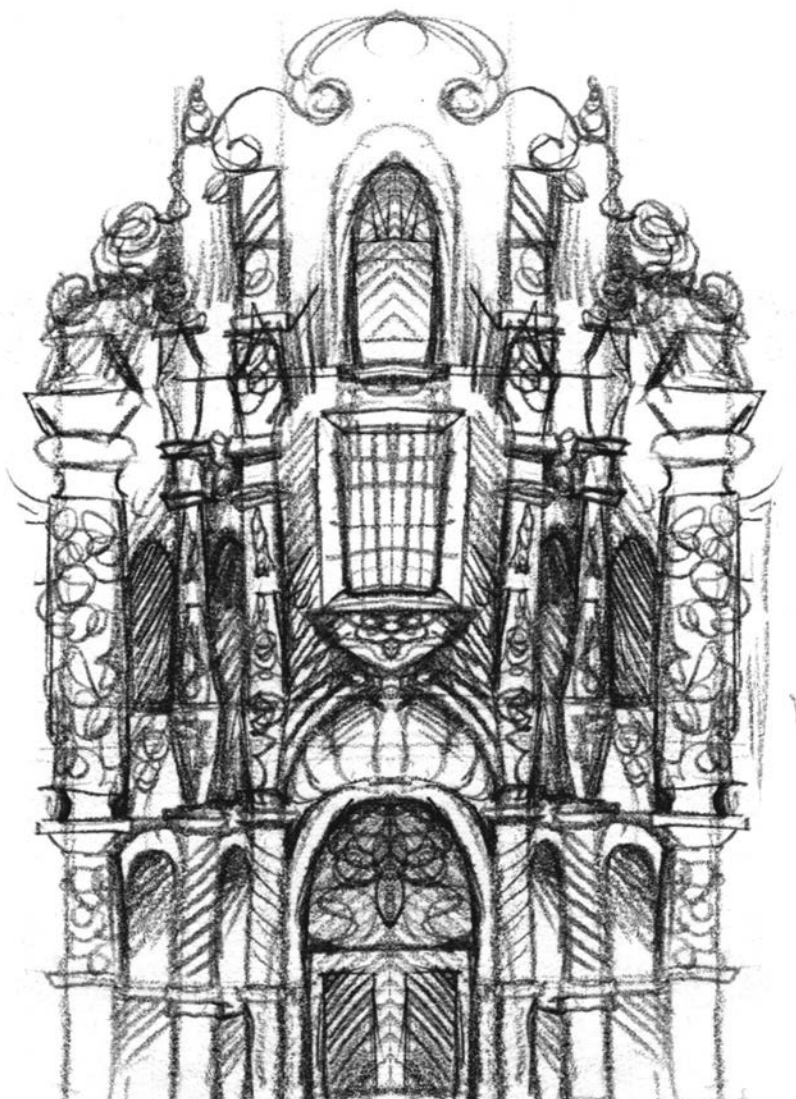
Los tlaxcaltecas de San Esteban

Aunque todos hablan perfectamente el español, su propio idioma es el mexicano: náhuatl. Su traje es el mismo que trajeron de la metrópoli: la ciudad de Tlaxcala. Aborrecen la ociosidad y se aplican con extraordinario amor a la labranza. Sus tierras están perfectamente cultivadas... Las hortalizas, frutas, legumbres, que se comen en Saltillo, se las deben a estos tlaxcaltecas. Plantan magueyes [y hacen] pulque...

Fr. Juan Agustín de Morfi, *Viaje de indios y diario del Nuevo México*

1777

Cuando el padre Juan Agustín de Morfi estuvo en Saltillo, la parroquia, hoy catedral, estaba en construcción. Al franciscano le pareció demasiado ambicioso el proyecto del cura párroco, debido a la falta de dinero para terminarla. En efecto, las obras avanzaron lentamente, y no fue sino hasta 1800 cuando se terminó el templo, pero todavía sin la torre mayor, que se acabó de levantar muchos años después.

**GLOSARIO**

Caballero. Título dado a algunas personas nobles, aunque menos importante que el otorgado a condes, duques o marqueses, por ejemplo.

Criollo. Hijo de español nacido en América. Durante la época colonial la sociedad estaba organizada en castas, según la etnia a la que pertenecía cada uno. Los negros, la mayoría esclavos, ocupaban los niveles más bajos de la sociedad, seguidos de los indios. Los nacidos en España, el más alto. Había mestizos (hijos de español e india), mulatos (hijos de negro y blanco) y otras muchas clasificaciones, cada una de ellas con un nombre, algunos tan raros como “salta para atrás” y “tente en el aire”.

VI

CAPÍTULO

AMBROSIO JIMÉNEZ, AGRICULTOR (1830)

•





Cuando era niño vi a don Miguel Hidalgo y Costilla. Yo tendría once o doce años. Él era una persona mayor. Lo vi en la calle Real, frente a la plaza. Caminaba despacio, como si estuviera cansado. Mi padre, tu bisabuelo, me dijo quién era aquel señor vestido de negro al que las mujeres detenían en la calle para besarle la mano. Iba solo y me pareció triste.

Me tocó vivir tiempos muy revueltos. De un día para otro se acabó la tranquilidad de la villa. Ya te has de imaginar. Todo empezó el día que comenzaba la feria, el 23 de septiembre de 1810. Saltillo estaba lleno de compradores y vendedores. Entonces se armó el alboroto. Las personas hablaban alarmadas de un cura que el 16 de septiembre, en Dolores, Guanajuato, había declarado la guerra contra el gobierno español. Llegaron soldados venidos de otras partes, mientras

los españoles, por miedo a los mentados insurgentes, salían de Saltillo llevándose cuanto podían.

Principió el griterío y el corredero. “¡Vienen por el camino de Zacatecas!” “¡Son muchos, miles, y los manda Mariano Jiménez!” “¡Ave María purísima!” Yo, y muchos como yo, no entendíamos qué sucedía, pero, eso sí, nadie estaba tranquilo. Los comerciantes que vinieron a la feria levantaban sus puestos y regresaban a sus pueblos. Papá nos metió en la casa prohibiéndonos salir.

Días después, por curioso, me asomé a la puerta cuando iban los soldados del gobierno rumbo al Ojo de Agua. Pensaban detener a los insurgentes. Sólo llegaron hasta Carneros. Allí, casi todos prefirieron unirse a los insurgentes de Jiménez. Horas después pasaron frente a nuestra casa varios hombres a ca-



1810
15 de septiembre
Hidalgo se levanta en armas
contra el gobierno español



1810
26 de septiembre
Llegan a Saltillo noticias del
levantamiento de Hidalgo



1811
7 de enero
Encuentro de los insurgentes
y los realistas en Puerto de Carneros



ballo a todo galope, entre ellos el gobernador Antonio Cordero, quien se quedó sin gentes en Carneros.

No te puedes imaginar lo que fue la entrada a Saltillo de las tropas de Mariano Jiménez. Eran más de tres mil hombres. Muchos, indios del centro del país. Fue como si la villa se hubiera inundado de militares. Jiménez y sus soldados se quedaron quince días,

durante los cuales hubo fiestas, corridas de toros y hasta bailes. Luego, se fueron a Monterrey.

Mientras, a los insurgentes de Miguel Hidalgo les iba muy mal. Perdieron batallas importantes en Monte de las Cruces y en Puente de Calderón, cerca de Guadalajara. Por eso decidieron venirse al norte. Querían llegar a Estados Unidos, para ver si los estadounidenses



1811
8 de enero
Mariano Jiménez llega a Saltillo



1811
17 de enero
Batalla de Puente Calderón.
Los insurgentes son derrotados



1811
24 de enero
Llega a Saltillo Ignacio Allende.
Días después lo hace Hidalgo



les ayudaban a combatir a los españoles. En su viaje al norte, llegaron a Saltillo. Al frente de las tropas venía Ignacio Allende, pues ya habían quitado el mando al señor cura don Miguel Hidalgo, culpándolo de las derrotas. Allende, con su uniforme lleno de adornos dorados y plumas en el sombrero vivió en las casas consistoriales. Yo creo que nada más para darse importancia.

Les hicieron un gran recibimiento. La gente aplaudía a los insurgentes cuando desfilaban por las calles. Yo andaba allí, curioseando. Por la noche hubo fiesta en la plaza. Me quedé hasta tarde y mi papá, tu bisabuelo, me regañó muchísimo y me castigó. Esa noche, Ignacio Allende salió al balcón de las casas consistoriales a saludar al pueblo. Después le



1811
16 de marzo
Los insurgentes dejan Saltillo
para continuar su viaje al norte



1811
21 de marzo
Aprehensión de los insurgentes
en Acatita de Baján



1811
30 de julio
Fusilamiento de Hidalgo en Chihuahua

acercaron una bandeja muy brillante, de plata, llena de monedas. Él empezó a aventar las monedas a la gente. Una vez que se le acabaron las monedas, Allende aventó la charola a la plaza.

Luego se fueron para el norte. Poco después el gobierno anunció que habían apresado a Hidalgo, Allende y a todos los demás antes de llegar a Monclova, en un lugar llamado Acatita de Baján. Los llevaron a Chihuahua, donde los fusilaron. La guerra de Independencia siguió en el centro y sur del país.

Acá sólo nos llegaban noticias de vez en cuando.

Muchos años más tarde, allá por 1821, una noche se juntaron autoridades y vecinos de Saltillo en la plaza y juraron la Independencia. Desde ese día dejamos de ser parte de España, aunque, la verdad, la verdad, las cosas cambiaron poco, pues el país no acababa de apaciguarse.

Sí, Antonio, a mí me tocó vivir tiempos revueltos. Quién sabe los que te esperan a ti.

Cuando en 1808 Napoleón Bonaparte hizo prisionero al rey Fernando VII y ocupó la península española, las colonias americanas, al no haber rey, se quedaron sin autoridad. En la Ciudad de México hubo intentos de formar un gobierno. Sin embargo, los organizadores fueron encarcelados. En España se realizaron las Cortes de Cádiz con la participación de diputados españoles y americanos. En las cortes se distinguió un ilustre coahuilense, don Miguel Ramos Arizpe, quien después de la derrota de Napoleón y el regreso de Fernando VII al trono, fue perseguido y hecho prisionero. En 1824, Ramos Arizpe participó en el Congreso que promulgó la Constitución que tuvo México como nación independiente. Él trajo la primera imprenta a Saltillo, pero después se la llevaron a Monterrey.

GLOSARIO

Calle Real. Antiguo nombre de la hoy calle de Hidalgo.

Casas Consistoriales. Edificio donde estaban las oficinas de las autoridades. Se encontraban en el mismo terreno que hoy ocupa el Palacio de Gobierno en Saltillo.

Cortes. Así llaman en España a lo que nosotros conocemos como Cámara de Diputados, en la cual se reúnen representantes de todos los estados —en Cádiz, representantes de España y de todas las colonias americanas— para dictar leyes. Las Cortes de Cádiz promulgaron una constitución que fue desconocida por el rey Fernando VII al regresar al poder.

Promulgar. Dar a conocer órdenes de las autoridades oficialmente.



VII

CAPÍTULO

LUIS DEL OLMO,
ESCRIBIENTE I
(1850)

•





—Ni te imaginas lo que he visto y vivido, mi querido nieto. Casi puras tragedias. Acabo de cumplir sesenta años. Nací en la hacienda de Castañuela, cerca de Parras. Allá en la hacienda, de la guerra de Independencia no nos dimos cuenta de casi nada, sólo de lo que la gente platicaba. Lo que sí recuerdo es la sequía. Pasaron años sin llover. Hubo hambre. Desesperado, mi papá se vino a Saltillo a trabajar. Yo tendría entonces 14 o 15 años. En la hacienda cuidaba chivas, pero por la falta de agua los animales se fueron muriendo. Aquí, en Saltillo, ayudaba a mi papá a hacer adobes. En eso se ocupaba.

Tuve suerte. Un día entregamos adobes para construir unos cuartos en el convento de San Francisco. Allí conocí al padre Manuel Almaraz. No sé, creo que le caí bien. Me preguntó si sabía leer. Le respondí que no, y él se ofreció a enseñarme. Después de trabajar todo el día iba al convento a estudiar. Así aprendí a leer y a escribir. Eso cambió mi vida. El padre Almaraz me recomendó con el alcalde y entré a trabajar en las oficinas del ayuntamiento, hasta volverme escribiente. Dicen, y no es por presumir, que tengo bonita letra.

Nada más fíjate: nací súbdito de España. Mandaba el rey y, por estas tierras, el virrey. Como a los treinta años dejé de ser súbdito. Un buen día de septiembre de 1821 amanecí ciudadano de una nación independiente llamada México, ya no Nueva España. Mandaba un emperador, Agustín de Iturbide, pero duró poco. Lo corrieron del país. Cuando trató de regresar, lo fusilaron. También fusilaron a Vicente Guerrero, quien junto con Iturbide hizo la Independencia. Por fin, en 1824, México se convirtió en una república, pero los problemas no acabaron.

Como si no tuvieran otra cosa qué hacer, en 1827 a los diputados se les ocurrió cambiarles el nombre a Saltillo y al pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala. A Saltillo le pusieron Leona Vicario, por la heroína de la Independencia, y a San Esteban lo rebautizaron como Villalongín, por otro insurgente. Sin embargo, nadie les hizo caso. La gente siguió llamando Saltillo a Saltillo y a San Esteban, San Esteban. Como nadie identificaba a las dos poblaciones como Leona Vicario y Villalongín, cuatro años des-



pués Saltillo y San Esteban recobraron sus antiguos nombres.

—¿Cómo sabes tantas cosas, abuelo?

—Por los libros y los periódicos. Es una de las ventajas de saber leer y escribir.

El de 1833 fue un año terrible. Jamás podré olvidarlo. Fue el año de la epidemia del cólera morbo. Esa enfermedad mataba en unas cuantas horas. Aquí murieron como 700 personas, entre ellas dos hermanos míos y mi abuelo. Eran tantos los muertos que, por miedo a contagiarse, las familias sacaban los cuerpos a las puertas de las casas y allí los recogía un carretón para llevarlos al cementerio. Fue espantoso.

Se llenó el panteón y abrieron otro al oriente de la villa. Ningún remedio funcionaba.

Con epidemia y sin epidemia, siguieron los problemas. Los políticos no se ponían de acuerdo y había un nuevo presidente cada rato. Aunque Saltillo está lejos de la Ciudad de México, aquí también las autoridades cambiaban muy seguido. No estábamos en paz. Bueno, nos peleamos hasta con los de Monclova. Fue un pleito largo. Monclova era la capital del estado de Coahuila y Texas, pero algunos políticos saltillenses, entre ellos don Miguel Ramos Arizpe, querían que Saltillo fuera la capital. Para no creerse, hasta balazos hubo en 1834. Aquí, cerca, al norte de la villa, en el rancho de La Hui-



lota, se enfrentaron monclovenses y saltillenses. Finalmente, Saltillo fue declarada la capital del estado, por eso desde entonces el gobernador tiene sus oficinas frente a la plaza de la Independencia.

En ese tiempo se instaló por primera vez alumbrado con lámparas de gas en una calle. ¡Toda una novedad! Las familias salían a caminar para disfrutar de la iluminación. También por esos días el municipio colocó el primer reloj público en la torre de la Parroquia del Santo Cristo. Saltillo progresaba, pues en 1841 se principió la construcción de los arcos de la Plaza de Armas.

Alumbrado, reloj, arcos... todo parecía ir bien, pero a los problemas internos se agregaron los pro-

vocados por los colonos de Texas, a donde habían llegado miles de personas venidas principalmente de Europa y Estados Unidos, aprovechando las facilidades ofrecidas por el gobierno para conseguir tierras. Eran tantos, que luego vivían en Texas más extranjeros que mexicanos. Descontentos con el gobierno de México, los tejanos empezaron a pensar en separarse y formar su propia república. Con ese motivo, Saltillo se volvió a inundar dos veces de soldados. Primero pasaron las tropas del general Vicente Filisola, y el 6 de enero de 1836 llegaron las que iban al mando del general Antonio López de Santa Anna, quien pensaba meter al orden a los tejanos. Lo hubieras visto: el

uniforme lleno de colgijes dorados. Parecía la mera verdad. Santa Anna y sus soldados se quedaron en Saltillo hasta febrero. Lo único bueno que nos dejó Santa Anna fue que los ingenieros que venían con él hicieron el primer plano de Saltillo.

En un periódico de México leí que Santa Anna era muy hábil para formar ejércitos, e igualmente hábil para perderlos. Y eso le sucedió en Texas. Primero derrotó a los tejanos en el fuerte del Álamo, en San Antonio, Texas —los tejanos todavía

no olvidan esa derrota—. Días después se quedó dormido en un lugar llamado San Jacinto, y los tejanos destrozaron a su ejército. Santa Anna fue hecho prisionero y lo mandaron a Washington, la capital de Estados Unidos. Los tejanos se salieron con la suya, formaron su república y hasta diseñaron una bandera, la de la estrella solitaria. Así fue cómo México perdió Texas, un territorio de más del doble que Coahuila. Después vendría lo peor, pero ya es tarde, mañana te platico.

Batalla de El Álamo

Durante 13 días, el ejército mexicano sitió la misión de El Álamo, en San Antonio, entonces perteneciente al estado de Coahuila y Texas. Habían convertido la misión en fortaleza, donde se atrincheró un grupo deseoso de separar su territorio de México. El 6 de marzo de 1836, los soldados de Santa Anna entraron a El Álamo, donde murió la mayor parte de quienes allí se encontraban, entre ellos un héroe popular de Estados Unidos, Davy Crockett.

La Huilota

Originalmente fue una huerta al noreste de la ciudad, pero alejada de sus límites, donde funcionaba una fábrica de curtir pieles llamada La Huilota. Esto hizo que durante muchos años los saltillenses llamaran La Huilota al barrio que se formó en los terrenos de la huerta.

GLOSARIO

Curtir. Tratamiento de los cueros de animales para que se ablanden y se conserven.

Masacre. Matanza.

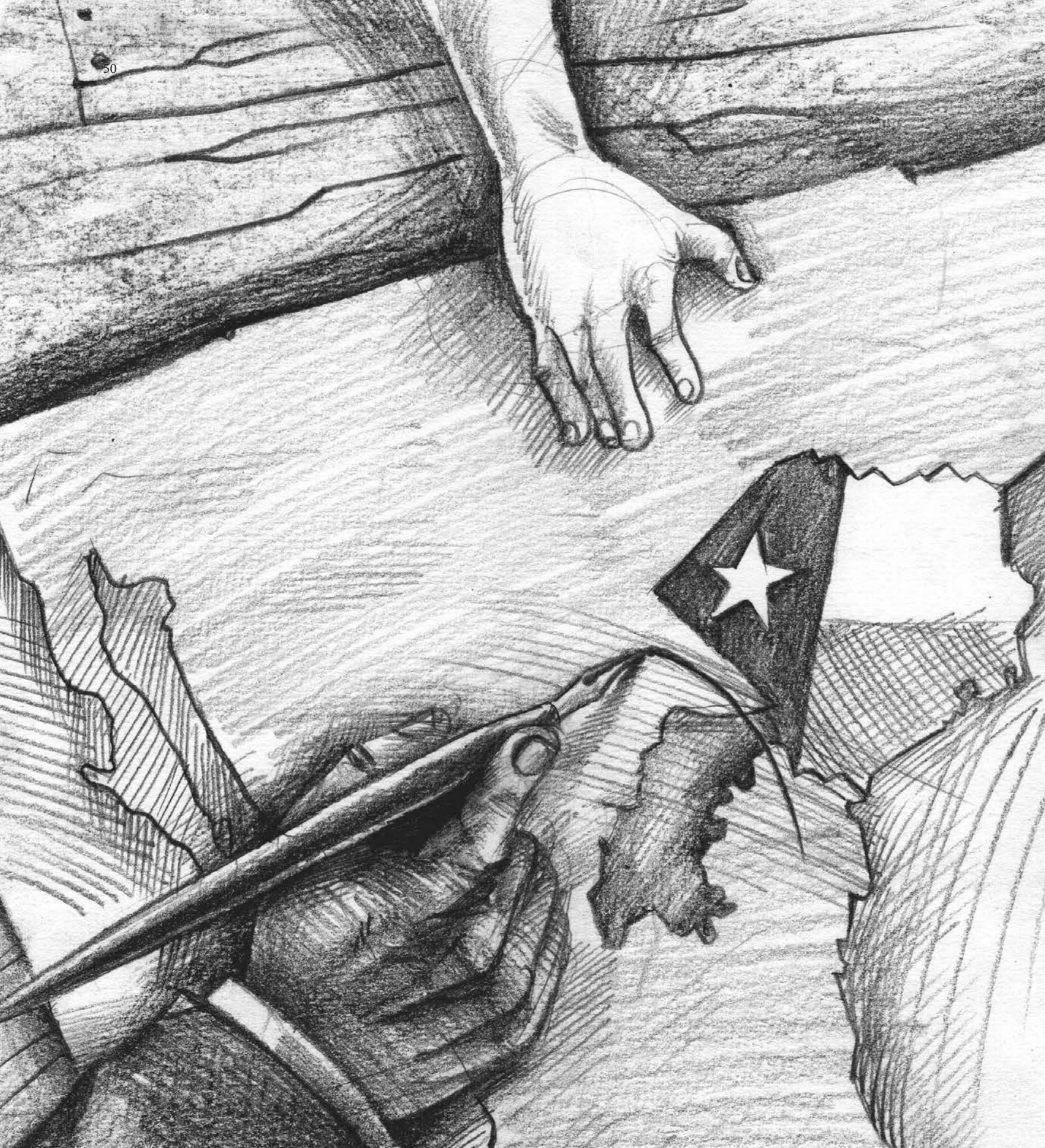
Misión. Iglesia construida por religiosos, donde se reunía a los indios para enseñarles la doctrina cristiana.

VIII

CAPÍTULO

LUIS DEL OLMO,
ESCRIBIENTE II
(1850)

•



La separación de Texas en 1836 fue el principio de una de las peores etapas de nuestra historia. Diez años después, los tejanos se olvidaron de su república y pidieron pasar a formar parte de Estados Unidos. Eso encendió la chispa de una guerra que resultó desastrosa para México. Casi sin encontrar resistencia, el ejército norteamericano invadió territorio mexicano hasta Monterrey.

En la capital de Nuevo León hubo una larga batalla. Nuestras tropas no pudieron detener su avance. Antonio López de Santa Anna reunió un ejército en San Luis Potosí para combatirlos. Las noticias de estos movimientos hicieron que los norteamericanos concentraran soldados en Saltillo, hacia donde se dirigían Santa Anna y sus hombres.

El 30 de noviembre de 1846 empezaron a llegar los norteamericanos a nuestra ciudad. Desfilaban ordenadamente. Da vergüenza decirlo, pero muchos mexicanos, incluyendo saltillenses, ayudaron a los enemigos. Les vendían harina, forraje, animales y todo tipo de artículos. Durante más de un año tuvimos gobernadores militares norteamericanos, aunque se conservaron algunas autoridades locales, pero el que mandaba era el gobernador militar. Los invasores construyeron un pequeño fuerte en la loma del Ojo de Agua y hasta publicaron periódicos en inglés.

Mientras tanto, aumentaban los rumores sobre la marcha de Santa Anna y treinta mil soldados hacia Saltillo. Meses después, varios prisioneros mexicanos contaban lo difícil que fue el viaje de San Luis a Saltillo. Faltaba agua. Los hombres, muchos de ellos del centro del país no acostumbrados al frío, sufrieron uno de los inviernos más crudos de los que se tenga memoria. Desesperados, antes de llegar a Saltillo, para sentir algo de calor prendieron fuego a unas palmas del desierto y se produjo un enorme incendio.

Al confirmarse las noticias del avance de las tropas de Santa Anna, el general Zachary Taylor, jefe de las fuerzas norteamericanas, en febrero de 1847 cambió su cuartel general de Monterrey a nuestra ciudad. Eligió La Angostura para hacer frente al ejército mexicano. La Angostura es un paso muy estrecho en el camino a Zacatecas, cerrado por unas lomas al oriente y un profundo arroyo al poniente. Taylor colocó sus cañones en lo alto de las lomas. Con ello dominaba el terreno por donde venían los atacantes. Además, como lo reconocen historiadores norteamericanos, la artillería estadounidense era más moderna y superior en alcance que la mexicana. Los dos ejércitos se vieron frente a frente el 22 de febrero. Santa Anna, quien mandaba cerca de veinte mil

hombres, le exigió a Taylor que se rindiera, ofreciendo respetar la vida de sus soldados y oficiales. Taylor respondió que no y ocurrieron los primeros enfrentamientos.

A las cuatro de la mañana del 23 se escuchó el primer cañonazo y se inició la batalla. Las tropas mexicanas se lanzaron con furia contra las trincheras de los enemigos. La lucha continuó hasta la noche, cuando Santa Anna ordenó a sus hombres retirarse. Los norteamericanos creían que todo estaba perdido, pero en la mañana siguiente vieron sorprendidos que el ejército mexicano había abandonado el lugar.

Algunos creen que fue una tontería de Santa Anna ordenar la retirada cuando estaba a punto de ganar la batalla. Otros lo acusaron de traición. Lo cierto es que la de La Angostura fue la última batalla en el norte, pues otra fuerza norteamericana al mando del general Winfield Scott desembarcó en Veracruz. Después de varias batallas, una de ellas en el Castillo de Chapultepec, donde murieron varios jóvenes cadetes del Colegio Militar, Scott ocupó la Ciudad de México.

A causa de la gran cantidad de heridos que dejó la batalla de La Angostura, la parroquia (hoy catedral) se utilizó como hospital. Otros fueron atendidos en casas particulares. Tengo un recuerdo muy doloroso: vi piernas y brazos amputados a los heridos, que los médicos dejaban en las puertas de las casas, para que el carretón de la basura los recogiera. La guerra es terrible, mi querido nieto.

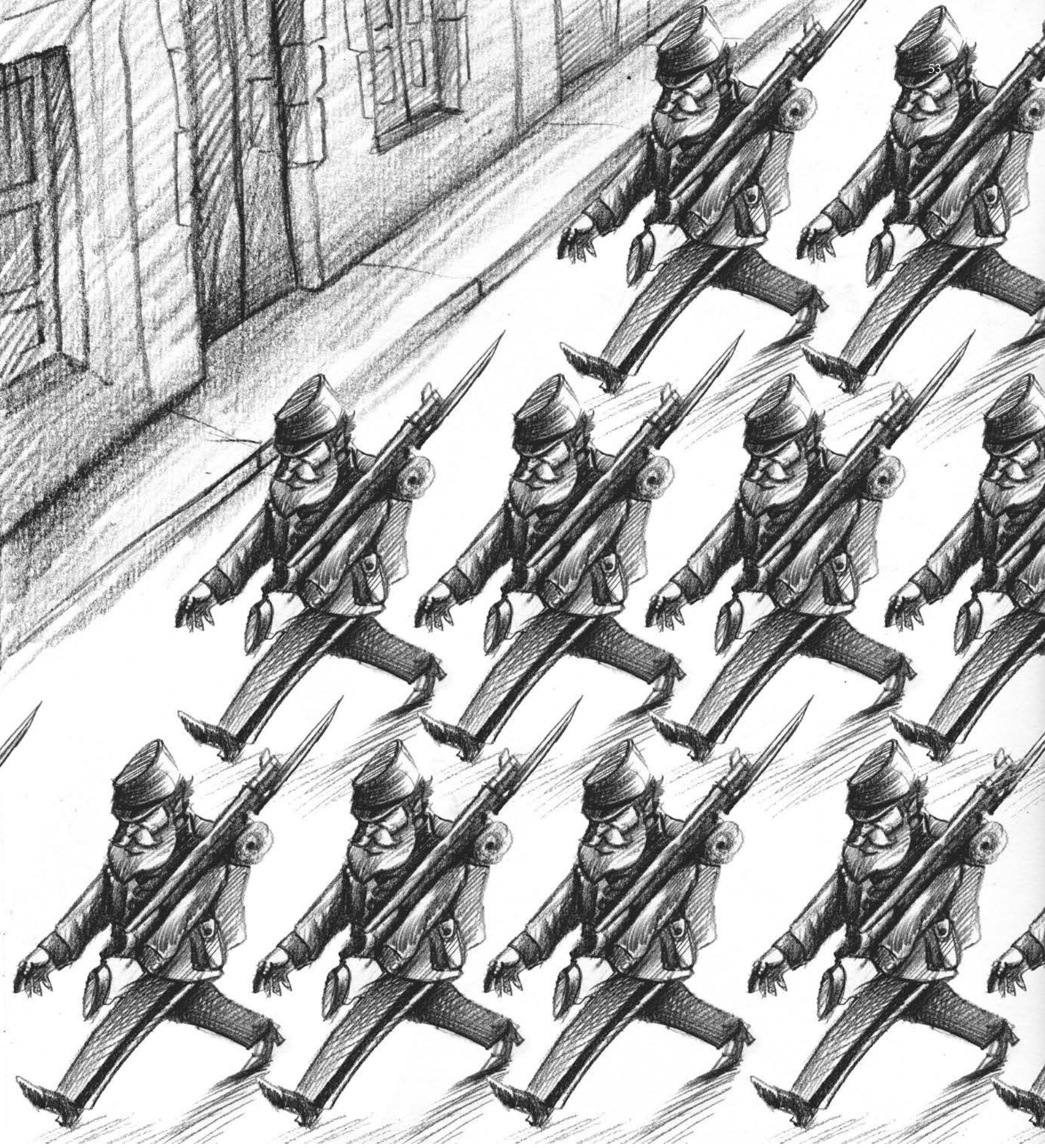
El conflicto terminó en febrero de 1848 con la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo. La invasión

americana costó a México más de la mitad de su territorio, pues Texas, California, Utah, Nuevo México y otros territorios antes mexicanos, pasaron a formar parte de Estados Unidos.

Para Coahuila, en particular, también tuvo graves consecuencias. La frontera con Estados Unidos quedó en el Río Bravo. Aumentaron los ataques de apaches y comanches a ranchos, haciendas y pueblos del norte del estado, pues los indios volvieron negocio el robo de ganado, que vendían al otro lado de la frontera.

Esto causó estragos en la economía del estado. Por el peligro de los ataques de los indios, la agricultura casi desapareció y la ganadería sufría pérdidas continuas. Muchos coahuilenses abandonaron Coahuila en busca de lugares más seguros donde vivir.





El Rey Dormido

Durante la ocupación de Saltillo por el ejército norteamericano, un hombre de origen humilde, Braulio Flores, a quien apodaban El Rey Dormido, se volvió personaje de leyenda. Braulio hacía amistad con soldados norteamericanos, a quienes invitaba a beber. Cuando ya estaban borrachos, con engaños los sacaba de la ciudad y los mataba. A manos del Rey Dormido murió un buen número de invasores. Se dice que fue apresado por los norteamericanos, pero logró escapar poniéndose la sotana del sacerdote que lo fue a confesar antes de ser ahorcado. Años después, como castigo a otro de sus delitos, Braulio Flores fue condenado a plantar árboles en la Alameda.

•

Industrialización

En 1840 se inició la industrialización de Saltillo con la instalación de la fábrica La Aurora, en el pueblo del mismo nombre, que hoy es parte de la ciudad. Producía telas de algodón. La maquinaria de esta textil se movía con la fuerza del agua de la acequia Navarreña.

Dos años después, en 1842, al norte de La Aurora empezó a funcionar otra textil, La Hibernia, que también aprovechaba la fuerza de la caída del agua de la Navarreña conducida por un acueducto cuyos restos aún existen.

•

El sarape

Sobre la industrialización de Saltillo, en 1858, Antonio García Cubas señalaba que en nuestra ciudad se fabricaban "sarapes, así como hilados y tejidos forman dos ramas importantes de las industrias coahuilenses". Y agregaba: "Los sarapes, tanto por la finura de sus teñidos como por el gusto y hermosura de sus colores son muy apreciados..."

Antonio García Cubas, Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República Mexicana

•

Fortín de los americanos

Estuvo en lo más alto de la hoy Plaza México o Mirador. Hasta mediados del siglo pasado se conservaban algunas ruinas de este pequeño fuerte.

IX

CAPÍTULO

LUIS GUAJARDO,
BOTICARIO
(1875)

•



—Sí, hijo, un tiempo dejamos de ser coahuilenses.

—¿Por qué, abuelo?

—Por culpa de un ambicioso gobernador de Nuevo León, Santiago Vidaurri. Deseaba dominar todo el noreste de la República: Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Logró unir por un tiempo el territorio coahuilense al de Nuevo León. Durante siete años, de 1857 a 1864, los saltillenses y los habitantes del resto del estado dejamos de ser coahuilenses y nos convertimos en nuevoleocoahuilenses.

—¿Cómo pudo pasar eso?



1854
1 de marzo
Plan de Ayutla desconociendo a Santa Anna como presidente



1855
25 de mayo
Santiago Vidaurri lanza el Plan de Monterrey



1855
Tropas de Nuevo León atacan Saltillo. Batalla en el rancho de Las Varas, en las cercanías de la Unidad Camporredondo de la UAdeC

—Hubo por lo menos dos causas principales. Una, la pobreza de Coahuila. El gobierno no tenía recursos para hacer frente a los constantes ataques de los apaches y comanches, en pueblos y ranchos del norte y centro del estado. Otra de las causas fue que Vidaurri se unió al movimiento iniciado en Ayutla contra el once veces presidente Antonio López de Santa Anna.

Desde la capital de Nuevo León lanzó un plan igual al de Ayutla. Como Saltillo estaba ocupado entonces por el ejército leal a Santa Anna, el gobernador de Nuevo León atacó nuestra ciudad en junio de 1855, venciendo a los santanistas en el rancho de Las Varas. En esta batalla participó con los nuevoleonenses Ignacio Zaragoza, quien abandonaría a Vidaurri y triunfaría en Puebla al enfrentarse con el ejército francés en 1862.

Me estoy adelantando, mi querido nieto. El plan de Vidaurri era apropiarse de Coahuila, pero meses después de que sus hombres ocuparon Saltillo, el gobernador José María Aguirre, con ayuda del general Andrés S. Viesca y don Juan Antonio de la Fuente, los expulsaron. Sin embargo, Vidaurri no se daba por vencido. Contra la voluntad del gobierno de México convirtió a Coahuila en parte del estado de Nuevo León. Esto molestó al presidente de la República, Ignacio Comonfort, quien lo obligó a respetar la autonomía de nuestro estado.

Entonces cambió de estrategia. Organizó un plebiscito —consulta a los coahuilenses— preguntando si deseaban unirse a Nuevo León. La mayoría votó a

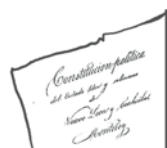
favor de la anexión. Solamente Saltillo y Ramos Arizpe estuvieron en contra. En esa consulta ocurrió algo de llamar la atención. Sabiendo Vidaurri que en nuestra ciudad la tenía perdida, organizó dos plebiscitos, uno en Saltillo y otro en San Esteban de la Nueva Tlaxcala. Los tlaxcaltecas votaron a favor de ser parte del estado de Nuevo León, y por unos meses la división de los estados de Coahuila (reducido a los municipios de Saltillo y Ramos Arizpe) y de Nuevo León, fue la calle de Allende, por donde corría la acequia que separaba a San Esteban de Saltillo.

Las calamidades, dice la gente, nunca vienen solas, pues mientras estaban los líos con Vidaurri, en 1856 hubo una explosión en el Palacio de Gobierno que se oyó en toda la ciudad. Los militares habían usado algunos cuartos como depósito de pólvora, y un incendio la hizo explotar. El edificio quedó en ruinas. Así estuvo muchos años debido a la pobreza del gobierno, que no tenía dinero para reconstruirlo.

A pesar de la defensa de la soberanía de Coahuila hecha por el licenciado Juan Antonio de la Fuente en el Congreso, y la resistencia del gobernador del estado, el licenciado Santiago Rodríguez del Bosque, triunfó la ambición de Vidaurri, y en la Constitución de 1857 nació oficialmente el estado de Nuevo León y Coahuila. Saltillenses y ramosarizpenses quedaron descontentos con la decisión de los diputados; no se hacían a la idea de ser nuevoleocoahuilenses.



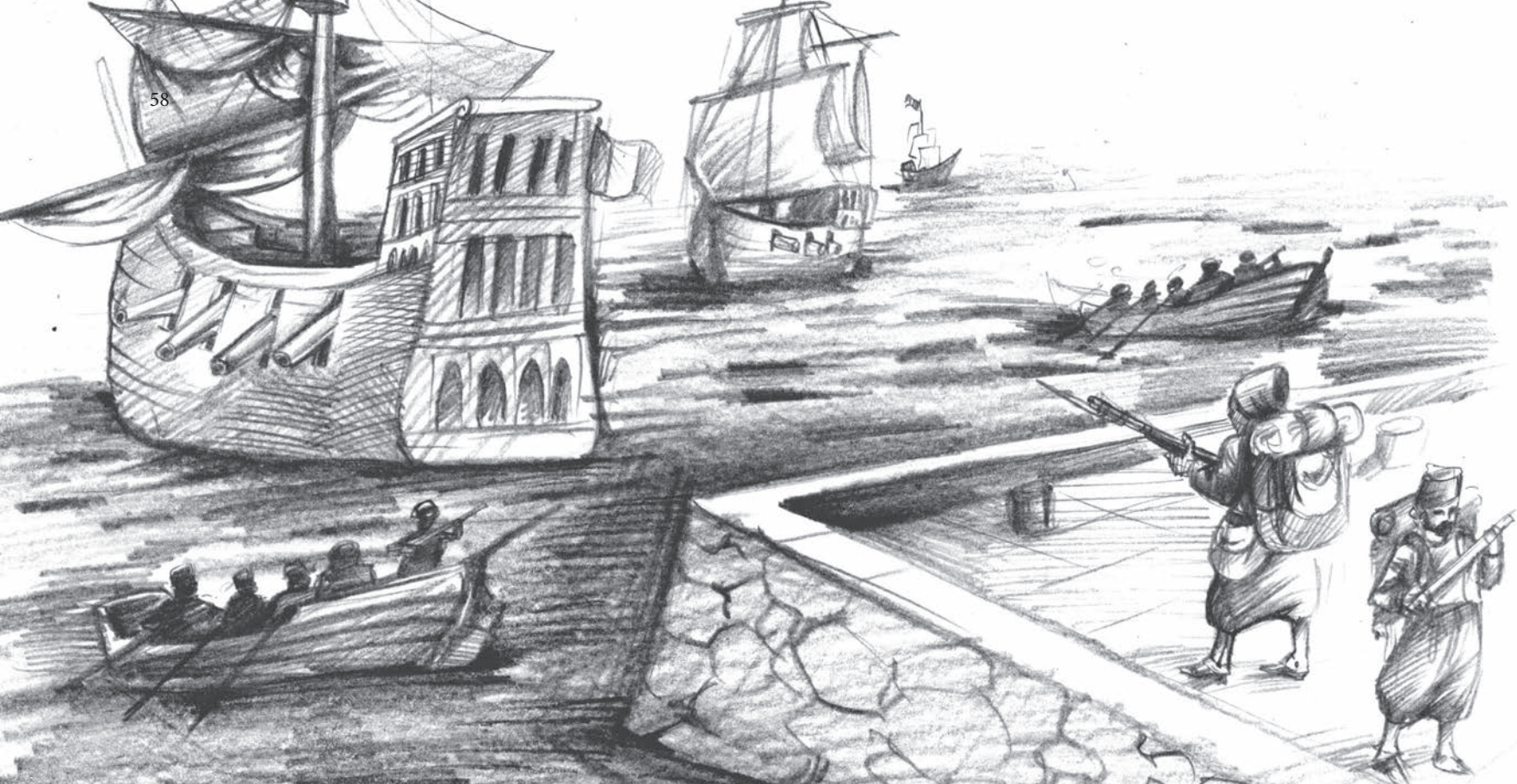
1856
19 de febrero
Vidaurri anexa Coahuila a
Nuevo León sin consentimiento
del gobierno federal



1857
5 de febrero
Se promulga la nueva Constitución.
Desaparece el estado independiente
de Coahuila y nace el de Nuevo León
y Coahuila con capital en Monterrey



1864
9 de enero
El presidente Juárez llega
a Saltillo



La Constitución de 1857 trajo problemas al país. Esta Constitución, impulsada por las ideas de don Benito Juárez y su grupo de liberales, provocó el rechazo de quienes que se resistían a que el gobierno quitara poder y propiedades a la iglesia católica. Antes, todos los trámites relacionados con el nacimiento, matrimonio e incluso defunciones, se hacían en la iglesia. La nueva Constitución obligaba a hacerlos primero en oficinas de gobierno, anotando nacimientos, matrimonios y defunciones en lo que se llama el Registro Civil. También se crearon cementerios públicos, pues los que había eran de la iglesia.

La inconformidad de los conservadores provocó la Guerra de Reforma, una de las más sangrientas de las muchas habidas en México. Aunque las batallas ocurrieron lejos del territorio de Coahuila, buen número de coahuilenses participaron en ellas. La Guerra de Reforma dejó dividido y empobrecido al país. Tanto, que el gobierno de don Benito Juárez no tenía dinero para pagar las deudas de México con España, Francia e Inglaterra. Estas tres naciones acordaron presionar a Juárez, pero solamente los franceses declararon la guerra a México. Su idea era convertir al país en una monarquía, con Maximiliano de Habsbur-



1864
26 de febrero
Juárez decreta la separación
de Coahuila de Nuevo León



1864
Agosto
Tropas francesas ocupan
Saltillo



go en el trono. Apoyado por algunos mexicanos, Napoleón III, emperador de los franceses, quería hacer de México un país dependiente de Francia.

En 1862 desembarcaron en Veracruz tropas francesas. Para asombro del mundo, el 5 de mayo, en Puebla, soldados republicanos al mando del general Ignacio Zaragoza derrotaron al que se consideraba el ejército más poderoso. Un año después los franceses ocuparon Puebla y la Ciudad de México. Maximiliano fue declarado emperador.

Cuando los franceses avanzaban sobre la Ciudad de México, el presidente Juárez abandonó la capital y se dirigió a San Luis Potosí, luego a Zacatecas, y de allí vino a Saltillo. Llegó el 9 de enero de 1864. Fue muy bien recibido. Él y su familia se instalaron en una casa frente a un costado de la parroquia, que funcionó por un tiempo como Palacio Nacional. Poco después viajó a Monterrey, para entrevistarse con el gobernador Vidaurri, que se declaró su enemigo. Incluso le dispararon cuando salía de la capital de Nuevo León.

De regreso a Saltillo, en una reunión bajo los arcos de la plaza, el periodista Francisco Zarco pidió al presidente desanexara Coahuila de Nuevo León, lo que don Benito aceptó, decretando la separación de los dos estados.

Los franceses se acercaban a Saltillo. Don Benito partió a Monterrey, de donde ya había huido Vidau-

rri. Después de un largo viaje llegó hasta Paso del Norte. Allí permaneció hasta la caída de Maximiliano. Vidaurri fue fusilado como traidor cuando triunfaron los republicanos.

Los años de 1865, 1866 y 1867 fueron para Saltillo de gran inestabilidad. Los franceses ocuparon la ciudad por primera vez el 29 de marzo de 1865. Un mes después, los republicanos los hicieron salir, pero pronto regresaron. Finalmente, el 7 de junio de 1865, tropas del general Jennings ocuparon Saltillo. Esta vez los imperialistas permanecieron aquí trece meses, hasta el 6 de agosto del año siguiente. Decepcionado por su proyecto de hacer de México un imperio, Napoleón III ordenó la salida de sus soldados.

En una acción desesperada, Maximiliano decidió dar la última batalla en la ciudad de Querétaro, que cayó en manos de los republicanos el 15 de mayo de 1867. Maximiliano y sus dos principales generales, Miguel Miramón y Tomás Mejía, murieron fusilados. Numerosos saltillenses participaron en el sitio y la caída de Querétaro, distinguiéndose especialmente don Victoriano Cepeda, Hipólito Charles y el doctor Ismael Salas.

Como recuerdo de la Intervención Francesa quedó un pequeño fuerte construido por los imperialistas en lo alto de un cerro al sur de la ciudad, al que se conoció por mucho tiempo como Fortín de Carlota, por la esposa de Maximiliano.

1866
Agosto
Los franceses abandonan
Saltillo



1867
15 de mayo
Querétaro cae en poder
de los republicanos



1867
19 de junio
Fusilamiento de Maximiliano,
Miramón y Mejía

Recinto de Juárez

Don Benito Juárez y su familia vivieron en la casa que se encuentra en la calle que lleva su nombre, frente a la fachada sur de la catedral. Hoy funciona allí el Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas.

•

El Ateneo Fuente

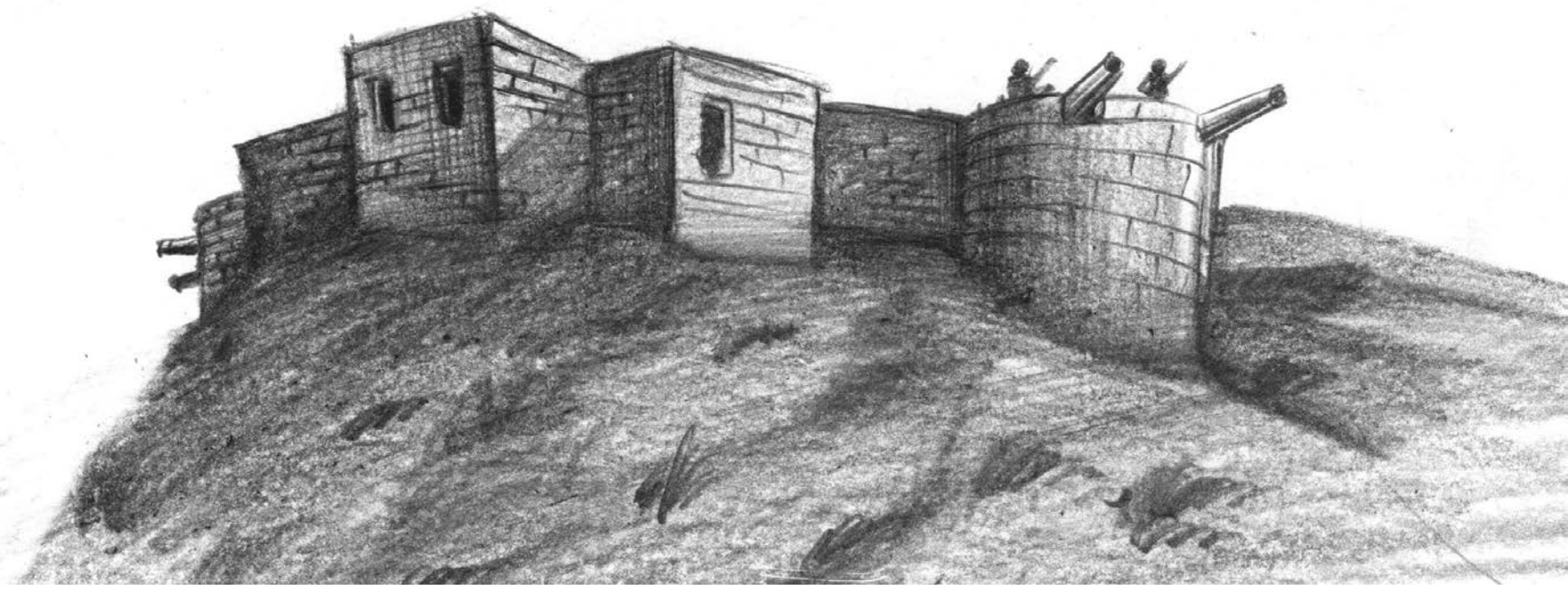
El 11 de julio de 1867, antes de la victoria de los republicanos en Querétaro, el gobernador de Coahuila, Andrés S. Viesca promulgó la Ley Reglamentaria de Instrucción del Estado, por medio de la cual se creó el Ateneo Fuente, la primera escuela de educación superior en el estado. El Ateneo inició sus cursos el 1º de noviembre de ese año en la casa que hoy ocupa la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila, frente a la Plaza Independencia. El Ateneo propició el despegue de una nueva etapa de la cultura coahuilense. En sus aulas estudiaron grandes personajes, como Venustiano Carranza, el cronista Artemio de Valle Arizpe, el escritor Julio Torri y el historiador Vito Alessio Robles.

•

Juan Antonio de la Fuente, abogado y diplomático en cuyo honor se dio el nombre del Ateneo, nació en Saltillo el 18 de febrero de 1814. Diputado local, después diputado federal, ministro de Gobernación y de Relaciones Exteriores en el gobierno de Benito Juárez, viajó a París intentando evitar la intervención francesa. Entrevistándose con el emperador Napoleón iii, De la Fuente pronunció una frase que ha quedado para la historia: "No luchéis contra mi patria, que mi patria es invencible." Murió en esta ciudad el 9 de junio de 1867.

•

Antes de que existieran los sindicatos, artesanos y trabajadores formaron Sociedades Mutualistas, a fin de apoyarse unos a otros con préstamos a quienes los necesitaban y fundando escuelas y bibliotecas, para la superación de los socios. Una de las más antiguas sociedades mutualistas de México es la Zarco de Artesanos, creada en 1865, que todavía existe y cuyo edificio se encuentra en la calle de Juárez. Se le dio ese nombre en honor del periodista Francisco Zarco, quien llegó con don Benito Juárez a Saltillo. Permaneció en nuestra ciudad después de que salió Juárez. Durante su estancia en Saltillo publicó un periódico y seguramente animó a los artesanos a formar la sociedad mutualista.




X

CAPÍTULO

ROMUALDO ELIZALDE, PERIODISTA (1882)

•





—Como te iba diciendo, querido nieto, la salida de los franceses y el regreso de don Benito Juárez a la presidencia de la República causó alegría en casi todo el país. Pensamos que México podría estar en paz, pero qué va. Algunos le habían tomado gusto a la vida aventurera de la guerra y siguieron causando problemas. Otros se convirtieron en bandoleros y asaltantes. Cualquier viaje podía resultar peligroso por culpa de los bandidos. Fijate, siendo presidente, en un solo año, 1868, Juárez enfrentó levantamientos armados en Veracruz, en Puebla, Yucatán y Sinaloa. No había tranquilidad.

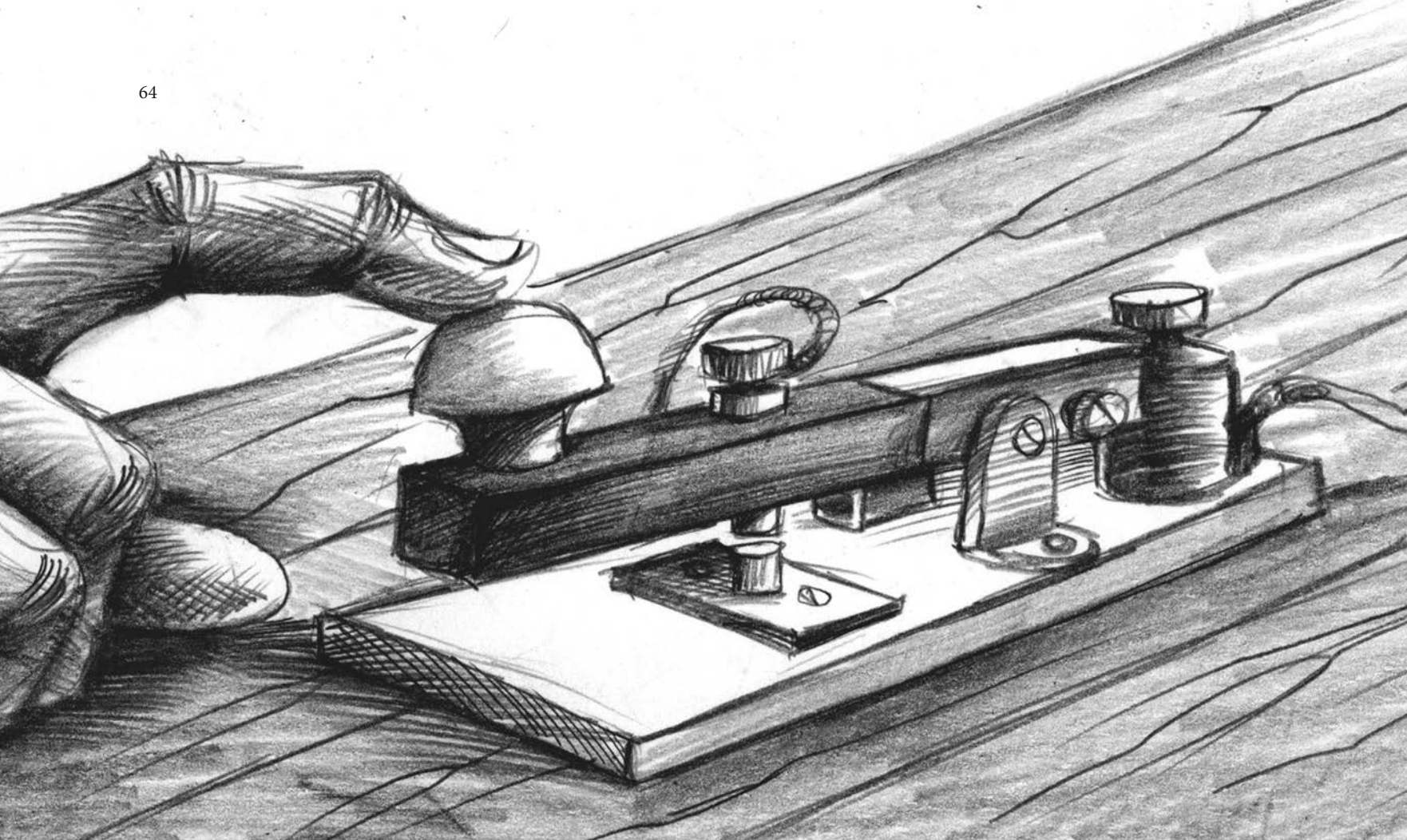
A pesar de todo hubo algunos avances. En 1868 Saltillo quedó conectado por telégrafo con Monterrey. ¡Apenas y podíamos creerlo! ¡Te imaginas! Gracias al telégrafo se podían enviar mensajes en unos cuantos segundos a Monterrey, una ciudad alejada casi 90 kilómetros, a la que a caballo y a buen paso se llega en dos días y a pie o en carreta, en tres días o más. Era como cosa de magia que tus palabras viajaran por los alambres. No es fácil acostumbrarse a los nuevos inventos, pero de seguro a ti te tocará ver cosas más maravillosas. Dos años después, el telégrafo nos conectó con San Luis Potosí, que está más lejos.

Para Coahuila, el regreso de Juárez al Palacio Nacional significó el fin del enorme

latifundio propiedad de la familia Sánchez Navarro. Era inmenso: abarcaba siete millones de hectáreas. Las propiedades de los Sánchez Navarro fueron nacionalizadas debido a que un miembro de la familia, Carlos, apoyó al Imperio y sirvió a Maximiliano, por lo cual fue considerado traidor a la patria. La nacionalización del latifundio permitió el nacimiento de varias poblaciones, como Sabinas y la antigua hacienda de Patos, fundadas por agricultores a los que se entregaron las tierras.

Cuando Benito Juárez regresó a la presidencia, encontró a un país pobre y dividido. Sobraban las ambiciones y faltaba dinero. Las cosas se pusieron peores en 1871, cuando Juárez decidió volver a participar en las elecciones. Hasta sus antiguos compañeros de partido le dieron la espalda, acusándolo de querer convertirse en dictador. Porfirio Díaz, oaxaqueño como Juárez y quien había sido su alumno en el Instituto de Ciencias de Oaxaca, se levantó en armas, lanzando el Plan de La Noria.

No era un desconocido: Díaz había ganado fama de militar valeroso e inteligente durante la Intervención Francesa. El Plan de La Noria encontró seguidores en varias partes del país, pero después de mucho batallar la rebelión fue sofocada. Durante este levantamiento, el general porfirista Jerónimo Treviño sitió Saltillo, defendida



por el gobernador y coronel Victoriano Cepeda. El sitio duró tres semanas, hasta que en la noche del 4 de diciembre los atacantes lograron tomar el Fortín de los Americanos. A la mañana siguiente la ciudad amaneció en manos de los seguidores del Plan de La Noria, que después serían derrotados.

El 9 de julio de 1872, murió don Benito Juárez en Palacio Nacional. Aquí, hubo luto. Los saltillenses siempre fuimos muy juaristas. No se nos olvidaba que gracias a él Coahuila fue separado de Nuevo León y recobró su independencia como estado libre y soberano. Además, don Victoriano Cepeda, el político

coahuilense más querido e influyente de la época, fue un juarista de corazón.

Al morir don Benito ocupó la presidencia Sebastián Lerdo de Tejada. Con ello cambió la suerte de don Victoriano, quien pronto enfrentó al Congreso del Estado, que lo desconoció. Los diputados apoyaban al doctor Ismael Salas. El lío creció hasta que el gobierno federal intervino: envió a Saltillo al general Carlos Fuero, quien llegó en octubre de 1873 con mil hombres y el nombramiento de gobernador.

Porfirio Díaz se levantó en armas contra Lerdo de Tejada. Lanzó el Plan de Tuxtepec, que apoyaron

algunos militares coahuilenses. Empezaba una nueva etapa en la historia de México. Don Porfirio restableció la paz e impulsó el desarrollo económico del país abriendo las puertas a la inversión extranjera.

Sin embargo, este desarrollo benefició solamente a unos cuantos, mientras el resto de los habitantes del país vivía en la pobreza. Tampoco gozaban de libertades políticas y algunos grupos, como los indios yaquis de Sonora, fueron perseguidos y muchos de ellos enviados prácticamente como esclavos al sur del país.

A los trabajadores del campo no les iba mejor. Mediante el sistema llamado de “peonaje”, los campesinos se endeudaban con el hacendado y debían permanecer con él hasta que pagaran la deuda, lo que era casi imposible debido a los bajos salarios y, además, porque los hacendados eran los dueños de la tienda —de raya, les decían— donde se surtían de lo indispensable. Cuando el campesino moría, la deuda pasaba a sus hijos. Era una forma disfrazada de esclavitud.

Pero volvamos a lo nuestro, a Saltillo. En los primeros días de diciembre de 1873, la mamá de Manuel Acuña mandó comprar un periódico de la Ciudad de México, donde su hijo publicaba frecuentemente poesías. La noticia terrible que encontró fue la de la muerte de Manuel, quien se había suicidado en su habitación de la Escuela de Medicina. La muerte del joven poeta —tenía apenas 24 años— causó conmoción en Saltillo.

Por fortuna, no todas eran malas noticias. Por fin, en 1875, se pudo terminar la construcción del Palacio de Gobierno, destruido por una explosión 19 años antes. También se amplió la Alameda, agregándole la parte sur, hasta llegar a la calle de Ramos Arizpe.

GLOSARIO

Dramaturgo. Se llama así a quien escribe obras de teatro.

Sitio. Estrategia militar. Consiste en rodear una ciudad, para evitar que escapen quienes allí se encuentran y reciban ayuda del exterior.



Manuel Acuña Narro

Nació en Saltillo el 27 de agosto de 1849. Hizo sus primeros estudios en el Colegio Josefino de esta ciudad. Muy joven viajó a México para cursar la carrera de Medicina. En la capital formó parte de un reconocido grupo de literatos, entre ellos Ignacio Manuel Altamirano y Juan de Dios Peza. Ganó fama como poeta y también como dramaturgo con la obra *El Pasado*. Murió el 6 de diciembre de 1873. Años después, sus restos fueron depositados en la Rotonda de los Coahuilenses Ilustres del Panteón de Santiago. La leyenda cuenta que la más conocida de sus poesías, *Nocturno a Rosario*, la escribió para Rosario de la Peña, una joven de la Ciudad de México de la que, se dice, estaba enamorado y no era correspondido. En la calle de Allende sur hay una placa en la casa donde nació.

Teatros y periódicos

Desde la mitad del siglo XIX (1850), y en buena medida gracias a la fundación del Ateneo Fuente, en Saltillo hubo un fuerte movimiento cultural. Se publicó gran número de periódicos, la mayoría nacidos al calor de las luchas políticas. Algunos de ellos tenían nombres graciosos, por ejemplo, *Don Petate*.

En esa época también aumentó la afición al teatro. El más antiguo estuvo en la esquina de Juárez e Hidalgo, donde hoy se encuentra el Casino de Saltillo. Debió ser una construcción muy pobre, pues años después un periodista se quejaba de que cuando tocaba la banda de música en la plaza no se escuchaba lo que decían los actores. Ese teatro desapareció y se construyó el "Acuña", en la hoy calle de Abbott. Hecho de madera, un incendio acabó con el "Acuña" después de presentarse la obra *El loco dios*. Igual suerte corrió el Teatro García Carrillo, frente a la Plaza Acuña, que funcionó solamente ocho años, pues abrió sus puertas en 1910 y se incendió en 1918, también después de la representación de *El loco dios*.

XI

CAPÍTULO

JOSÉ VILLARREAL
RODRÍGUEZ, CONTADOR
(1910)

•



El lugar estaba lleno de gente de todas clases: señoras de rebozo y señoras de sombrero y sombrilla; campesinos de pantalón de manta y caballeros vestidos de negro con sombrero de copa. Hombres, mujeres y niños trataban de distinguir a la distancia la llegada de aquel monstruo de fierro del que tanto se hablaba. Yo entonces era joven. Estaba tan emocionado como los demás. La espera terminó cuando a lo lejos vimos humo negro, como si algo se estuviera quemando. Y luego, el ruido. ¡Qué estruendo! Ruido de las ruedas de fierro, de los inesperados escapes de vapor y del silbato. Al principio nos espantamos. Nunca habíamos visto una cosa de ese tamaño moviéndose. Antes de conocer las locomotoras a mí me parecían grandes las carretas. ¿Te imaginas? Nunca lo olvidaré, era el 16 de septiembre de 1883 y el ferrocarril llegaba por primera vez a Saltillo. En las semanas siguientes, familias enteras de la ciudad y de los ranchos iban a los lados de los rieles sólo para ver pasar al tren.

Es cierto, era un espectáculo, pero un espectáculo que cambió la vida de Saltillo. Llegaban viajeros, incluso vacacionistas norteamericanos que aprovechaban la conexión con Laredo. Se abrieron, como nunca, nuevos negocios. Los molinos de trigo llegaron a ser más de siete. También

se fundaron fábricas textiles, de zapatos, de cigarros, de jabón y hasta de cerveza. Tiempo atrás ya se fabricaban aquí ladrillos, pero de una manera artesanal, primitiva. Todo cambió en 1895 con la instalación de una ladrillera con maquinaria moderna. Desde entonces hay en la ciudad numerosas construcciones de ladrillo y también para recubrir las viejas paredes de adobe. Con el ladrillo, el aspecto de Saltillo empezó a cambiar.

Eso sí, el ferrocarril quitó importancia a la feria, pues transportaba rápidamente toda clase de artículos. Ya no había necesidad de esperar un año a que los trajeran vendedores de otras partes. Reflejo de esta bonanza económica fue la sociedad formada por inversionistas saltillenses que instalaron en el poblado de Bella Unión, poco más allá de Arteaga, una fábrica de papel utilizando paja de trigo. Después compraron una de hilados y tejidos que ya existía en ese lugar y construyeron dos más, una de galletas y otra de pastas: fideos y macarrones.

Al terminar su primer periodo como presidente, Porfirio Díaz dejó el cargo, que ocupó su compadre, el general Manuel González, quien terminó el suyo en 1884. Entonces se reeligió don Porfirio y ha permanecido en la presidencia más de treinta años. Su gobierno ha traído paz al país. Esto permitió el florecimiento de los negocios y de las inversiones extranjeras, principalmente norteamericanas. Éstos son dueños de ferrocarriles, minas (aquí en Coahuila, de carbón), así como ranchos agrícolas y ganaderos.

La paz se consiguió gracias al control que mantenía don Porfirio. Primero acabó con los caudillos locales. En el caso de Coahuila, don Victoriano Cepeda y

el general Hipólito Charles. Los llamó a la Ciudad de México y allá los tuvo hasta que murieron. Díaz ponía y quitaba gobernadores y presidentes municipales. Pocos se atrevían a oponérsele. Quienes lo hacían, casi siempre terminaban muertos o en la cárcel.

Otra novedad fue que, aprovechando las Leyes de Reforma y Libertad de Cultos —antes, por ley, todos éramos católicos— las iglesias protestantes instalaron colegios aquí. El primero fue el Instituto Madero. Inició las clases en 1884. Le dieron ese nombre en agradecimiento al gobernador Evaristo Madero, quien les dio facilidades para instalarlo. Luego fueron los metodistas; ellos construyeron su templo en la calle de Victoria y fundaron una escuela normal. Los presbiterianos consiguieron un terreno que fue del antiguo convento de San Francisco, edificaron su templo de un estilo muy de moda en Estados Unidos y abrieron otra normal.

Ese mismo año de 1884, algunos católicos empezaron a hablar de un milagro ocurrido en la pequeña cueva del Ojo de Agua. Decían haber visto sudar la imagen de Cristo pintada en una de las paredes de la cueva y levantaron una pequeña capilla en el lugar. Entonces empezaron a celebrarse las fiestas del Santo Cristo del Ojo de Agua, que año con año reúne a miles de personas.

Como respuesta a la presencia de las normales de las iglesias protestantes, y la necesidad de contar con profesores preparados, en 1894 el Gobierno del Estado creó la Escuela Normal. Al principio formaba parte del Ateneo, pero cinco años después se cambió a un edificio independiente. Hace un año, en 1909, se inauguró frente a la Alameda el majestuoso edificio que ahora

ocupa. La Normal ha sido un centro de estudios muy importante, pues además de educar profesores da la oportunidad a mujeres a estudiar una carrera, lo que antes les era imposible.

También se fundó el primer banco, el de Coahuila, que incluso imprime sus propios billetes. Como signo de pujanza, el banco construyó un gran edificio de cantera rosa, en el cual también funcionaba un hotel.

Todo parecía ser paz y prosperidad. Sin embargo, en 1893 sucedió lo que nadie esperaba: grupos de políticos, periodistas y estudiantes se opusieron a la tercera reelección del gobernador José María Garza Galán, quien había ocupado el cargo ocho años. El movimiento tomó fuerza. Nacieron dos periódicos, *El Pen-dón Coabuilense* y *El Pueblo de Coahuila*, dedicados a atacar al gobernador: Los alumnos del Ateneo Fuente organizaron manifestaciones de rechazo a la reelección.

En el norte, en Ocampo y Cuatro Ciénegas, los hermanos Carranza se levantaron en armas. El con-

flicto creció hasta que intervino el gobernador de Nuevo León, el general Bernardo Reyes. Garza Galán, acusado de practicar la cacería en lugar de gobernar, se vio obligado a renunciar. Contra la costumbre de don Porfirio, a los organizadores del movimiento ni los mataron ni los encarcelaron.

Con la renuncia de Garza Galán volvió la tranquilidad a Saltillo y al estado. Los cambios transformaron el aspecto de la ciudad y el gobierno se ocupaba de embellecerla. El 5 de mayo de 1897, en la conmemoración del 35 aniversario de la Batalla de Puebla, hubo gran fiesta al descubrirse la estatua de Zaragoza en la Alameda. La bella estatua es obra del famoso escultor Jesús Contreras.

Ahora el país prepara la celebración del primer centenario del inicio de la guerra de Independencia. Habrá fiestas en toda la república, pero los periódicos aseguran que las de la Ciudad de México serán algo nunca visto.



1883
Septiembre 16
Llega a Saltillo
el ferrocarril



1884
Primera reelección de Porfirio
Díaz, quien permanecería en
la presidencia más de 30 años



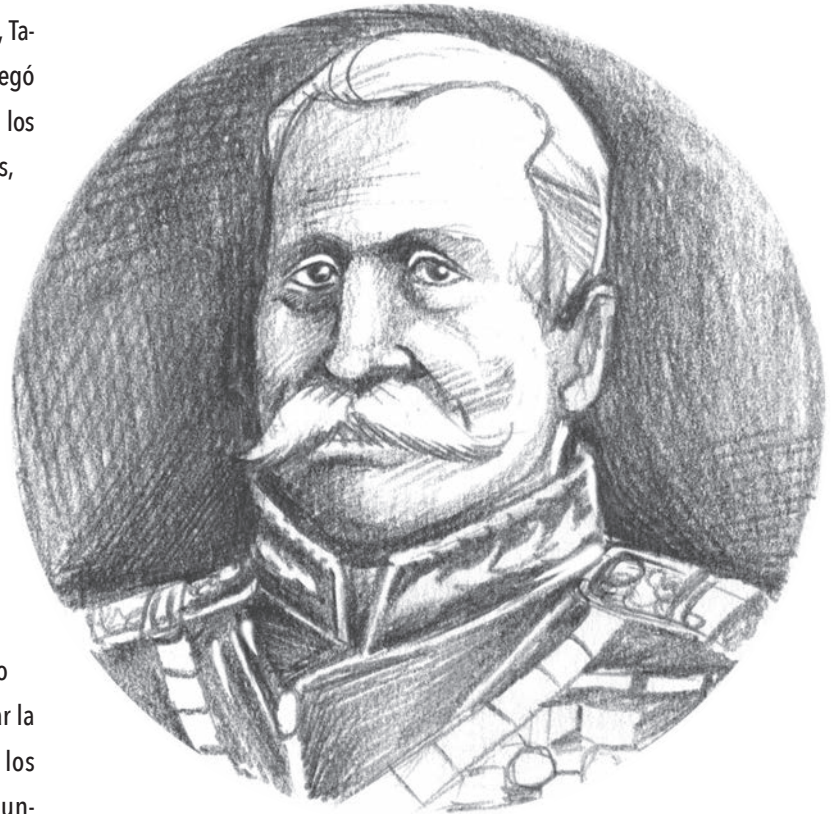
1898
Primera función
de cine en Saltillo

Guillermo Purcell

Gran Bretaña fue la primera nación en reconocer a México como país independiente. Esto dio oportunidad a gran número de ingleses de venir a hacer negocios. Guillermo Purcell, nacido en Limerick, Irlanda, en 1844, fue uno de ellos. A los 17 años viajó a Matamoros, Tamaulipas, donde trabajó con una compañía inglesa. En 1866 llegó por primera vez a Saltillo. Hábil negociante, llegó a ser uno de los hombres más ricos del norte de México. Fue propietario de minas, industrias, ranchos agrícolas y ganaderos en el norte del estado, varias haciendas algodoneras en la Región Lagunera, un banco y un ferrocarril. Murió en 1909 en San Antonio, Texas. Hizo su residencia en la calle de Hidalgo, de estilo inglés conocida hoy como Centro Cultural Casa Purcell, oficinas del Instituto Municipal de Cultura.

La fábrica de sueños

Por las noticias disponibles, los saltillenses tuvieron por primera vez la oportunidad de disfrutar de una función de cine el 4 de junio de 1898 en el Teatro Acuña. El cine, primero mudo, después con sonido y luego a color, vino a revolucionar la cultura. Como dice el historiador Luis González y González, los espectadores empezaron a vivir imaginariamente en otro mundo. El cine impuso modas, nuevas formas de pensar, de bailar y de comportamiento en sociedad, constituyéndose en la diversión más popular hasta ser desplazado por la televisión.



1893
Movimiento contra la reelección
del gobernador José María Garza
Galán, quien se ve obligado a renunciar



1894
Fundación de la Escuela
Normal del Estado



1897
5 de mayo
Develación de la estatua
de Ignacio Zaragoza en
la Alameda



XII

CAPÍTULO

RODRIGO MORALES, OFICINISTA (1914)

•



En 1910, en medio de las fiestas del primer centenario de la Independencia empezaron las inquietudes políticas. Don Porfirio había asegurado a un periodista que no buscaría una nueva reelección. Esto animó la formación de clubes políticos. Desde antes de las declaraciones de Díaz, un coahuilense, don Francisco I. Madero, había organizado en San Pedro de las Colonias grupos de oposición. Propuso candidatos a la presidencia municipal de San Pedro y fue derrotado. En 1908 apoyó la candidatura de Venustiano Carranza al gobierno de Coahuila. Sufrió una nueva derrota, pero Madero no era de los que se desanimaban fácilmente.

La familia de don Panchito, como le decían con cariño, era una de las más ricas del país. Su abuelo, Evaristo Madero, había sido gobernador del estado y era dueño de ranchos e industrias. Don Francisco era espiritista; creía poder comunicarse con las almas de los muertos. En su casa de San Pedro organizaba reuniones para llamarlas. Los espíritus, decía, le aconsejaron escribir un libro sobre la situación de México: *La sucesión presidencial en 1910*, que provocó disgusto a los porfiristas.

Se acercaban las elecciones. Díaz no cumplió sus promesas: buscó reelegirse y persiguió a quienes se le oponían. El libro de Madero causó sensación y le atrajo simpatías. Con el apoyo de un gran número de personas fundó el Partido Antirreeleccionista y lanzó su candidatura a la presidencia de la república. Fue el primer candi-

dato en recorrer gran parte del país pidiendo el voto de los ciudadanos.

En su campaña preelectoral estuvo en Saltillo el 4 y 5 de junio de 1910. Juntó muchísima gente en la calle cuando habló desde uno de los balcones del Hotel Coahuila, aunque el jefe de policía trató de callarlo e incluso lo empujó varias veces. Finalmente, la policía deshizo la manifestación a garrotazos. Madero dejó Saltillo y partió a Monterrey. Allá lo apresaron, acusándolo de insultar al gobierno. Lo llevaron a la cárcel de San Luis Potosí, de donde escapó a Estados Unidos. En San Antonio, Texas, lanzó el Plan de San Luis, llamando al pueblo mexicano a iniciar la revolución el 20 de noviembre con el lema “Sufragio efectivo. No reelección”.

Al principio, acá no pasaba nada. Después, los maderistas empezaron a organizarse. Unos cuantos se lanzaron a la lucha armada en la sierra de Arteaga. Nunca atacaron Saltillo, pero dificultaban la comunicación por los caminos. Varios de estos hombres se convirtieron después en revolucionarios famosos en todo el país: Francisco Coss, Eulalio y Luis Gutiérrez, Rafael Cepeda y otros.

Donde la revolución sí tomó fuerza fue en Chihuahua. Madero se encontraba allá cuando Francisco Villa y Pascual Orozco capturaron Ciudad Juárez. Eso marcó el fin del mandato de Porfirio Díaz, quien renunció y se fue a Francia. Madero había logrado lo que parecía imposible. Ni su abuelo, don Evaristo, creía en él, hasta llegó a decir que su lucha contra Porfirio Díaz era la de un microbio contra un elefante.

Saltillo no sufrió gran cosa durante la revolución

de Madero. Torreón, sí. Allá, después de una batalla, los maderistas entraron a la ciudad. Algunos de ellos cometieron la barbaridad de perseguir y asesinar a los chinos que vivían en esa ciudad. Dicen que mataron a más de 300.

Con el triunfo de la revolución, don Venustiano Carranza se convirtió en gobernador de Coahuila. Pensamos que con la llegada de Madero a la presidencia de la república viviríamos en paz. Nos equivocamos. Hubo otra vez levantamientos en varias partes del país.

Don Francisco I. Madero, hombre bueno y bien intencionado, cometió un grave error: dejó el mismo ejército que tenía don Porfirio. Eso le costó la vida. En febrero de 1913, uno de los generales en los que tenía más confianza, Victoriano Huerta, lo traicionó y lo mandó asesinar. Luego se declaró presidente.

El asesinato de Madero aquí causó indignación. Por eso a nadie extrañó que el gobernador Venustiano Carranza desconociera a Huerta. Antes de salir de Saltillo habló a una multitud reunida en la plaza. Se fue a Arteaga, y el 22 y 23 de marzo —era Semana Santa— intentó tomar la capital. ¡Ay, hijo!, si hubieras visto... Carrancistas y soldados federales pelearon en las calles, hasta en la Plaza de Armas. Esa vez sí vimos de cerca los balazos.

El ataque a Saltillo fracasó. Carranza y los suyos partieron al norte. En la Hacienda de Guadalupe, a cien kilómetros de aquí por el camino a Monclova, el 26 de marzo de 1913 lanzó el Plan de Guadalupe, para luchar contra el asesino de Madero. A don Venustiano lo nombraron Primer Jefe de la Revolución



Constitucionalista, llamada así porque el plan era restablecer el respeto a la Constitución, que violó Huerta al llegar a la presidencia en la forma que lo hizo. Después de perder varias batallas en Coahuila, el señor Carranza se fue Sonora, cruzando a caballo la sierra Madre Occidental.

Mientras, en Chihuahua, Francisco Villa formó un gran ejército: la División del Norte. En Torreón derrotó a los federales adictos a Huerta y los siguió a San Pedro, de donde también salieron huyendo. El 17 de mayo acabó con ellos en la estación de Paredón, ordenando una carga de caballería de cinco mil jinetes.

La caída de Paredón hizo huir a los federales que estaban en Saltillo, que antes de irse robaron comercios e incendiaron el edificio del Casino.

Días después entró a la ciudad Francisco Villa, quien ya era muy famoso. La gente se amontonaba nada más para verlo. Cuando estuvo aquí, vivió en una de las mejores casas, frente a la Plaza de Armas. Yo lo vi un día al salir de esa casa. Acostumbraba a pasear a caballo por la ciudad acompañado de los Dorados, que así les decía a sus hombres de más confianza.

Muchas personas, principalmente las ricas, le tenían miedo. Y con razón. Las amenazaba y pedía dine-

ro. También puso presos a los sacerdotes católicos extranjeros. Luego los mandó fuera del país. Villa odiaba a los sacerdotes extranjeros y a los españoles, porque ayudaron a Huerta a derrocar a Madero.

Poco después de que Villa se regresó a Torreón, llegó Carranza. Él y Villa no se entendían. Eran muy

diferentes. Estuvieron a punto de pelearse, porque Villa no obedecía a don Venustiano. Contra las órdenes de éste atacó y entró a Zacatecas, destrozando a las últimas tropas leales a Huerta, que abandonó el país para refugiarse en Estados Unidos. Así terminó la Revolución Constitucionalista.

La batalla de Paredón

En esos momentos llega el general Villa con su Estado Mayor y su escolta de 'Dorados'. Uno de estos últimos arroja a distancia una granada de mano que hace ruidosa explosión. Es la señal convenida para el ataque. Un huracán de caballos y de hombres pasa raudo por nuestros flancos. Es un espectáculo grandioso. Seis mil caballos envueltos en una nube de polvo y de sol.

Vito Alessio Robles, *Memorias*.

Madero en Saltillo

En el Hotel Coahuila, al dirigirse el señor Madero a sus partidarios, el comandante de policía, Juan N. Arizpe, cuñado del gobernador, empujó en forma violenta a Madero para impedirle hablar, dando motivo al periodista Luis F. Correa de llamarlo cafre... El comandante ordenó a los policías montados que "barrieran" la manifestación y se deshizo la reunión a golpes de macana.

Pablo M. Cuéllar, *Historia de la ciudad de Saltillo*

Batalla de Ramos Arizpe

8 de enero de 1915. Al amanecer salimos a la línea de fuego. Hacía frío intenso y caía una lluvia muy fina... (A las 7:30) principió el fuego de las baterías de nuestro flanco derecho. Al oírse las descargas los soldados lanzaron vivas al general Felipe Ángeles... Los carrancistas, en su huida, dejaron 15 trenes con más de 200 carros... Dejaron también sus archivos.

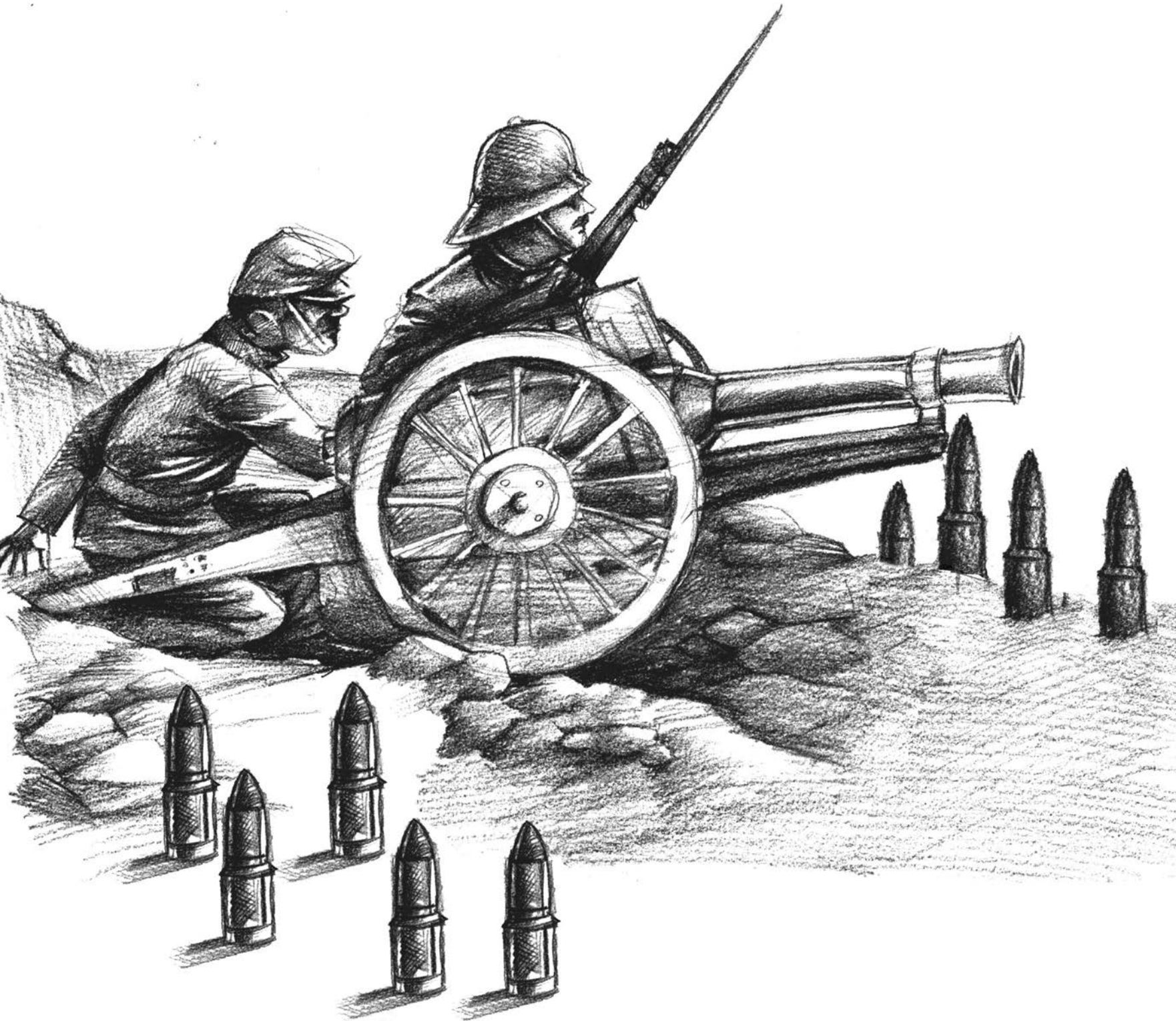
Diario del ingeniero Luis Espinosa Casanova

GLOSARIO

Batería. En lenguaje militar llaman así a la línea de cañones durante los combates.

Flanco. Lado.

Raudo. A gran velocidad.



XIII

CAPÍTULO

LEONARDO BARRIOS,
PROFESOR
(1920)

•



Cayó Huerta y terminó la revolución, pero no los problemas. Don Venustiano se hizo cargo del Poder Ejecutivo de la Nación y de inmediato le salieron enemigos que poco antes habían luchado a su lado. La ambición, mi querido nieto, la ambición, reunió a un gran número de generales en lo que se llamó la Convención de Aguascalientes, donde con el pretexto de hacer un plan de gobierno, se unieron con la mira de tirar a Carranza. Era cosa de nunca acabar. Volvió la guerra: ahora de revolucionarios contra revolucionarios.

Por poco logran vencer a don Venustiano. Los ejércitos de Pancho Villa y Emiliano Zapata entraron a la Ciudad de México. Don Venustiano cambió su

gobierno al puerto de Veracruz. Los miembros de la Convención de Aguascalientes nombraron presidente a un coahuilense, el general Eulalio Gutiérrez, a quien le fue imposible gobernar. Villistas y zapatistas cometieron muchos abusos en la capital. Asesinaban a quienes consideraban sus enemigos. A uno de los que mataron los villistas fue un profesor bien conocido aquí, David G. Berlanga. Había nacido en Bella Unión, cerca de Arteaga. Hasta el presidente Gutiérrez fue amenazado por Villa. Prefirió renunciar y salir de la Ciudad de México. Lo que quedaba de la Convención nombró presidente a Roque González Garza, nacido aquí, en Saltillo. Duró muy poquito en el poder.

El Varón de Cuatro Ciénegas pudo regresar a la Ciudad de México gracias a que el general sonoreense Álvaro Obregón derrotó a Francisco Villa en Celaya. El triunfo de Obregón permitió a Carranza volver al Palacio Nacional.

¿Para qué te cuento? Los pleitos entre los generales no nos permitían estar tranquilos. Cuando no eran los carrancistas, eran los villistas los que entraban a Saltillo. Si bien aquí en la ciudad no se realizó ningún encuentro armado, eran frecuentes los fusilamientos y los secuestros. Donde sí hubo una batalla importante fue en Ramos Arizpe. Allí, el general Felipe Ángeles acabó con el ejército de carrancistas. Ángeles era uno de los principales jefes de Villa.

Además, con eso de la revolución faltaban alimentos. Hubo hambre, Ricardo. Hambre de a de veras. La gente, desesperada, asaltaba las carretas que traían costales de maíz, trigo o frijol, y los abría con navajas para recoger un poco de grano. Nosotros salíamos al campo a buscar yerbas para comer. ¡Fue terrible! Ojalá nunca te toque vivir una época de hambre como aquella. No sé cuánta gente murió por falta de comida, especialmente niños, pero fueron muchos. Mi papá tenía una vaca. Nunca la sacábamos del granero, para que los vecinos no la vieran. Gracias a esa vaca tuvimos leche en la casa y no la pasamos tan mal como otras familias.

En septiembre de 1915, Carranza nombró gobernador provisional de Coahuila a su secretario, el licenciado Gustavo Espinosa Mireles. Era muy joven, tenía apenas 23 años. Dos años después hubo elecciones, que él ganó. Realizó muchas cosas: construyó

escuelas, entre ellas la Miguel López. Se hizo entonces el Lago de la República de la Alameda. Con la ayuda de don Venustiano, trajeron a Saltillo la estatua de Manuel Acuña, obra del escultor Jesús Contreras, también autor de la de Zaragoza que está en la Alameda. El gobierno había comprado la estatua desde años antes, pero primero la mandaron a la Exposición de París y después se quedó en la Ciudad de México.

Con Carranza en el poder, a Saltillo le fue bien. El Ateneo Fuente recibió una valiosa colección de pinturas donada por la antigua Academia de San Carlos. También se construyó la que sería la estación de un ferrocarril que uniría Saltillo con Tampico.

En aquel tiempo empezaron a circular los primeros automóviles. ¡Gran novedad! Estábamos acostumbrados a los coches y las carretas de caballos y al tranvía de pasajeros tirado por mulas.

Nunca podré olvidar el año de 1918. En el otoño se inició la epidemia de la gripe española, que se propagó por todo el mundo y mató a millones de personas. Aquí, en Saltillo, fueron más de quinientos los muertos. Casi no hubo familia que no perdiera cuando menos a uno de sus miembros. Era espantoso. Vivíamos aterrorizados.

Poco más de un año después empezaron las campañas de los candidatos a la presidencia de la república y se desataron las ambiciones. Los generales Álvaro Obregón y Pablo González acusaron a Carranza de apoyar la candidatura de Ignacio Bonillas, un desconocido. La cosa terminó otra vez en revuelta armada. Obregón desconoció a Carranza como presidente.

Traicionado por casi todos sus antiguos compañeros, don Venustiano salió de la Ciudad de México con la idea de instalar su gobierno en Veracruz. Sólo llegó a la sierra de Puebla. En Tlaxcalantongo, un caserío perdido en la montaña, la noche del 21 de mayo de

este año, 1920, lo mataron a balazos en el jacal donde iba a dormir. Su muerte fue muy sentida en Saltillo. Aquí viven muchos que pelearon junto a él durante la Revolución Constitucionalista. Yo no fui a la revolución, pero siempre admiré a Carranza. Era un gran hombre.

La estación

Con la muerte de Carranza se suspendió la construcción de la vía de Saltillo a Tampico. Únicamente quedó la estación, que un tiempo sirvió como Hospital de los Ferrocarriles y después alojó a la Escuela Rubén Moreira Cobos. Actualmente el Archivo Municipal de Saltillo ocupa el edificio.

La muerte de Carranza

El Presidente desde un principio recibió un tiro en una pierna y trató de incorporarse inútilmente para requerir su carabina. Al sentirse herido dijo al licenciado Manuel Aguirre Berlanga: "Licenciado, ya me rompieron una pierna". Fueron sus últimas palabras. Otra nueva herida recibió quizá y su respiración se hizo fatigosa, entrando en agonía. Después penetraron al jacal los asaltantes y lo remataron a balazos.

GLOSARIO

Alojó. Recibir, dar cabida.

Requerir. Buscar, tratar de encontrar.

Varón de Cuatro Ciénegas. Así llaman los historiadores a don Venustiano Carranza.



XIV

CAPÍTULO

ALEJANDRO ZERTUCHE,
ABOGADO
(1947)

•



—Nací poco antes de que se escucharan los tiros de la revolución. Realmente, querido nieto, me tocó crecer en una época tranquila. Tras la muerte de Carranza y bajo el gobierno de los sonorenses —Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, los principales— el país entró en una época de estabilidad. Aunque hubo intentos de revolución, fueron derrotados rápidamente.

Era niño cuando volvieron a oírse balazos en Saltillo. Todo por un lío político. El gobernador y general Arnulfo González mandó cerrar la Escuela Normal en 1922, poco antes de terminar el curso. Inconformes, profesores y alumnos se declararon en huelga. Un año después, un grupo de diputados desconoció al gober-

nador. Abandonaron el Palacio de Gobierno, donde sesionaban. Se instalaron en la Escuela Miguel López.

Entonces, el gobernador mandó a los soldados a sacarlos de allí y se armó el tiroteo. Hubo un muerto, dicen. Los diputados rebeldes estuvieron en la cárcel dos meses. Poco tiempo después, el gobernador González fue desaforado por el Congreso de la Unión sin terminar su periodo.

A pesar de estos disturbios políticos, en 1923 inició sus labores la Escuela de Agricultura, fundada gracias a las aportaciones de don Antonio Narro y de su hermana, Trinidad Narro de Maas. Don Antonio regaló su hacienda de Buenavista a la escuela.

El primer gobernador de la época posrevolucionaria en completar su periodo fue el general Manuel Pérez Treviño. Él puede considerarse como iniciador de la etapa de la paz. Saltillo se vio beneficiada bajo su gobierno, pues por primera vez se pavimentaron las principales calles del centro, quitaron los árboles de la Plaza de Armas y se agregó un tercer piso al Palacio de Gobierno. Las paredes de la escalera que conduce a ese tercer piso fueron decoradas por el pintor español Salvador Tarazona.

En otras partes del país el conflicto religioso y el cierre de las iglesias se convirtió en una guerra entre católicos, los cristeros y el ejército. Aquí solamente hubo un levantamiento. Terminó pronto. Se levantaron en armas unos 40 cristeros el 3 de enero de 1927 y se fueron a la sierra de Arteaga. Allí apresaron y fusilaron a los cabecillas.

Tras la muerte de Carranza, con problemas que nunca faltan, principió la etapa que llaman de la reconstrucción, pues los movimientos revolucionarios, como es de suponerse, habían causado daños y era urgente repararlos.

Cuando nací, hace sesenta años, Saltillo tenía alrededor de 25 mil habitantes. Era una ciudad pequeña, tranquila, donde todos nos conocíamos. Mi madre decía: “Aquí, el que no es pariente vive enfrente.” Había pocas oportunidades de trabajo. Por eso, la mayor parte de los jóvenes que iban a estudiar a otras ciudades, Monterrey y México, principalmente, se quedaban a vivir allá. Volvían solamente de vacaciones.

Mientras la Comarca Lagunera se enriquecía gracias a las cosechas de algodón y la Región Carboní-

fera prosperaba con sus minas, Saltillo parecía estancada. Hasta dejó de ser la ciudad con más población de Coahuila, lugar que ocupó Torreón.

Aunque los gobernadores del estado y los presidentes municipales de Saltillo trataron de emprender obras, la falta de dinero impedía pensar en grandes proyectos. La ya de por sí difícil situación se agravó con la crisis económica de 1929 en Estados Unidos. Esta crisis afectó a todo el mundo, pero México fue uno de los países que más la sufrió. Por falta de trabajo regresaron miles de compatriotas que vivían allá. Uno de mis recuerdos es la llegada de mi tío Fernando a Saltillo. Él vivió muchos años en Texas, pero la crisis lo dejó desempleado.

Hasta 1930 se empezó a notar la recuperación. Durante el gobierno de Nazario Ortiz Garza, de 1929 a 1933 (entonces los gobernadores duraban cuatro años en el cargo), se hicieron muchas obras: se construyó el nuevo edificio del Ateneo Fuente —el antiguo estaba frente a la Plaza de San Francisco— y también la hermosa Escuela Coahuila y la Álvaro Obregón.

Asimismo, en esa época, la industria local empezó a tomar impulso. Ya desde 1921, don Joaquín Arizpe había instalado una fábrica de hielo. Posteriormente fundó la embotelladora de Coca-Cola y la Textil del Carmen. En 1925 empezó a operar la fundición de plomo de la Mazapil Cooper Company, que cerró en 1930 a causa de la crisis económica en Estados Unidos. Don Emilio Talamás puso a funcionar otras dos textiles.

Uno de los principales impulsores de la industrialización de Saltillo fue don Isidro López Zertuche. Empezó sus negocios con Ilnos (Isidro López y herma-

nos), pequeña fundición que tuvo rápido crecimiento al agregarse la producción de loza de peltre, así como de partes utilizadas por la industria automotriz y una más de cerámica, entre otras. Con el tiempo, Ilnos se convirtió en el Grupo Industrial Saltillo (GIS).

La tranquilidad hizo posible el cambio pacífico de autoridades y permitió un todavía modesto desarrollo económico. En el gobierno del doctor Jesús Valdés Sánchez se terminó la pavimentación de las carreteras a Monterrey y a Torreón, lo cual señaló el despegue de una red de comunicación que ha hecho de Saltillo un centro industrial de primera importancia.

El general Benecio López Padilla sucedió en el gobierno al doctor Valdés Sánchez. Don Benecio trabajó en su juventud en las minas de la Región Carbonífera. Se unió a la revolución hasta llegar a obtener el grado de general. La principal preocupación de su gobierno fue la educación. Fundó importantes escue-

las en Saltillo: Industrial Femenil, Enfermería y Obstetricia, Ciencias Químicas, Leyes, Normal Superior, una Academia de Pintura y una nueva biblioteca pública; la última que hubo antes había cerrado en 1926.

El gobernador López Padilla intentó la creación de la Universidad de Coahuila, para la cual empezó a construir un edificio, que todavía está en funciones. La modernización de la ciudad se reflejó en la reciente inauguración del Cine Palacio, la primera sala con aire acondicionado en la ciudad. Los demás cines, entre ellos el Obrero, uno de los más antiguos, son un verdadero horno en los días calurosos.

Don Benecio entregó el gobierno a un político bien conocido y apreciado, Ignacio Cepeda Dávila, quien tuvo un fin trágico. Como seguramente leíste en los periódicos, se suicidó el 22 de julio de 1947 en la casa que está en la esquina de las calles de Purcell y Ramos Arizpe. La ciudad se puso de luto.

La gripe o influenza española

El 5 de octubre de 1918 la epidemia invadió parte de Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas y Chihuahua. A las pocas horas de contraer la gripe, las personas morían, muchas el mismo día del contagio. Entonces se propuso el cierre de los centros de reunión: cines, teatros, escuelas, clubes, cantinas y templos. Se calcula que la enfermedad mató a 16 mil personas en Coahuila. Los muertos en el mundo fueron alrededor de 100 millones.

•

La Universidad de Coahuila se fundó años después de que en el gobierno del general Benecio López Padilla se construyera el edificio, que en 1950 se destinó al Instituto Tecnológico de Saltillo. Desapareció la Escuela Industrial Femenil, hoy convertida en la secundaria Margarita Maza de Juárez. Durante el gobierno del licenciado Raúl López Sánchez se inauguró la nueva Biblioteca Pública.

GLOSARIO

Aportaciones. Entrega de dinero a manera de ayuda.

Compatriota. Nacido en el mismo país que uno.

Desaforado. Despedido del cargo.

Sucedió. En este caso: "Ocupó el puesto inmediatamente después".

LOS ÚLTIMOS AÑOS

La década de los cincuenta del siglo pasado señala el inicio de una nueva etapa del desarrollo de Saltillo. En ese tiempo, las vías e instalaciones ferroviarias ocupaban lo que ahora es el bulevar Francisco Coss y cortaban en dos a la ciudad, pues el movimiento de máquinas y vagones impedía frecuentemente la comunicación de la calle de Allende con el hoy bulevar Venustiano Carranza. Casi treinta años después, el gobernador Óscar Flores Tapia retiró las vías y se abrió el bulevar Coss.

En la administración municipal del licenciado Carlos Valdés Villarreal (1952-1954) se construyó el paso a desnivel de la calle de Allende, con lo cual desapareció ese tapón del desarrollo de Saltillo hacia el norte. Este paso permitió el crecimiento de la Colonia República, trazada hacía muchos años, pero que se había detenido a causa de los problemas de comunicación por el movimiento de los ferrocarriles.

También en la administración Municipal de Valdés Villarreal se extendió la red de agua y drenaje a colonias que antes carecían del servicio y se amplió el alumbrado público. Por supuesto, no faltaron los contratiempos y los sustos: el 14 de diciembre de 1952 un incendio destruyó al Mercado Juárez. El que ahora ves, fue construido después del incendio.

En materia educativa, la ciudad tuvo avances importantes. El 2 de octubre de 1957 se creó la Universidad de Coahuila, que al principio reunió al Ateneo Fuente y a las escuelas de Leyes, Ciencias Químicas, Enfermería, la de Agricultura y la Normal del Estado. Las dos últimas fueron desincorporadas más tarde de la Universidad.

En ese tiempo se principió la construcción de la Carretera 57, que conecta a Saltillo con San Luis Potosí, Querétaro y la capital de la República. Esto facilitó la comunicación con el centro del país. Antes, el viaje por carretera a la Ciudad de México duraba veinte horas o más.

El despegue económico se aceleró en los años sesenta del siglo pasado. Según el censo de población de 1960, nuestra ciudad tenía entonces poco más de 122 mil habitantes. Este número creció a cerca de 200 mil en 15 años.

En esa década se construyeron nuevos edificios para las escuelas y facultades de la Universidad Autónoma de Coahuila, y la antigua Escuela de Agricultura Antonio Narro se convirtió en universidad. También se establecieron más industrias y los Ferrocarriles Nacionales de México construyeron la estación al poniente de la calle de Colón, hoy en servicio para trenes de carga.

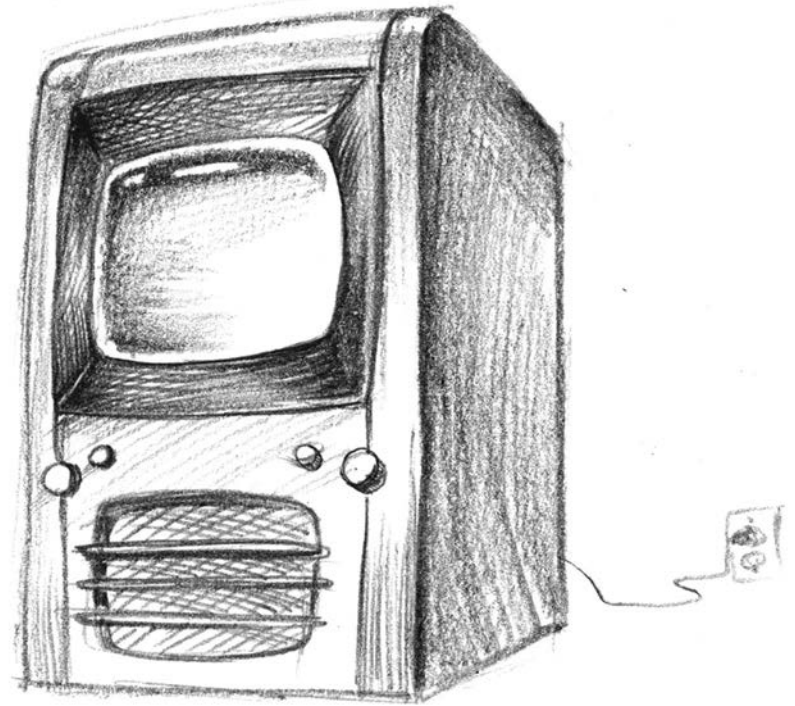
Las formas de entretenimiento y las costumbres cambiaron con la llegada de la televisión en 1968. Los saltillenses pudieron ver “en vivo”, como se decía, las Olimpiadas celebradas en México. El aparato de televisión se volvió el punto de reunión familiar. Las amas de casa se aficionaron a las telenovelas. Antes escuchaban radionovelas, algunas de las cuales fueron muy populares. Los niños disfrutaban con programas infantiles, mientras los mayores veían noticiarios, eventos deportivos y el desfile de artistas y las canciones de moda en el programa Siempre en domingo. El impacto de la televisión en la cultura popular fue notable.

El crecimiento se disparó durante el gobierno de Óscar Flores Tapia, a fines de la década de los setenta. Llegaron la fábrica de motores de Chrysler y la armadora de General Motors a Ramos Arizpe. Estas dos empresas y las decenas que les surten de partes, hicieron de Saltillo un lugar atractivo para miles y miles de personas en busca de trabajo. En los últimos 28 años el crecimiento de la población se multiplicó como nunca antes, hasta llegar a más de 800 mil habitantes.

La transformación de Saltillo ha sido rapidísima: avenidas, puentes elevados, nuevas colonias, centros comerciales, decenas de cines, universidades, restaurantes, lugares de diversión y centros sociales la cambiaron totalmente.

Ésta es tu ciudad. Y como tuya que es, te corresponde cuidarla y hacerla más grande, más bella y un mejor lugar para vivir.

No lo olvides: tú también estás haciendo historia, como los fundadores que levantaron las prime-



ras casas, los tlaxcaltecas que plantaron huertas, los sembradores de trigo, los molineros, los soldados, los trabajadores y miles de hombres y mujeres que a lo largo de más de 400 años fueron haciendo Saltillo lo que es hoy.

Ellos escribieron la parte de la historia que les correspondía. Ahora a ti te toca escribir un nuevo capítulo de esa misma historia.

ÍNDICE

| | |
|----|--|
| 5 | A MODO DE BIENVENIDA |
| 7 | A MODO DE PRESENTACIÓN |
| 9 | UNAS PALABRAS DEL AUTOR |
| 11 | CAPÍTULO I. DIEGO, INDIO GUACHICHIL (1600) |
| 15 | CAPÍTULO II. JUAN CRISTÓBAL, FUNDADOR (1610) |
| 21 | CAPÍTULO III. LORENZO MIGUEL, TLAXCALTECA (1630) |
| 27 | CAPÍTULO IV. MARTÍN PILARES, CRONISTA (1630) |
| 31 | CAPÍTULO V. GINÉS DE ARROYO, EX SOLDADO (1797) |
| 37 | CAPÍTULO VI. AMBROSIO JIMÉNEZ, AGRICULTOR (1830) |
| 43 | CAPÍTULO VII. LUIS DEL OLMO, ESCRIBIENTE I (1850) |
| 49 | CAPÍTULO VIII. LUIS DEL OLMO, ESCRIBIENTE II (1850) |
| 55 | CAPÍTULO IX. LUIS GUAJARDO, BOTICARIO (1875) |
| 61 | CAPÍTULO X. ROMUALDO ELIZALDE, PERIODISTA (1882) |
| 67 | CAPÍTULO XI. JOSÉ VILLARREAL RODRÍGUEZ, CONTADOR (1910) |
| 73 | CAPÍTULO XII. RODRIGO MORALES, OFICINISTA (1914) |
| 79 | CAPÍTULO XIII. LEONARDO BARRIOS, PROFESOR (1920) |
| 83 | CAPÍTULO XIV. ALEJANDRO ZERTUCHE, ABOGADO (1947) |
| 87 | LOS ÚLTIMOS AÑOS |



ABUELO, *cuéntame cómo era Saltillo*

DE JAVIER VILLARREAL LOZANO

se terminó de imprimir en junio de 2018 en los talleres de Quintanilla Ediciones. El cuidado de la impresión estuvo a cargo de Elsa Tamez y Cristina Araiza. En su composición se utilizaron fuentes de la familia Accanthis ADF Std. La edición consta de 500 ejemplares.